

el fenómeno
OVNI
en Canarias

desde el siglo XVIII hasta 1980

El fenómeno ovni en Canarias desde el siglo XVIII hasta 1980

© Ricardo Campo Pérez

© LeCa Group Cultural Innovation SL

LeCanarien ediciones

www.lecanarienediciones.com

info@lecanarienediciones.com

Av. Canarias, 10, 1ºB - La Orotava - Santa Cruz de Tenerife

922 074 472 - 674 813 313

Segunda edición: 2020

el fenómeno **OVNI** en Canarias

desde el siglo XVIII hasta 1980

Ricardo Campo Pérez

 **LeCanarien**
ediciones

Índice

AGRADECIMIENTOS.....	9
INTRODUCCIÓN.....	11
GRÁFICAS DE DISTRIBUCIÓN DE LOS RELATOS SOBRE OVNIS EN CANARIAS Y LA PENÍNSULA IBÉRICA EN EL PERÍODO 1947-1980.....	39
ANTES DE 1947.....	41
PERÍODO 1947-1949.....	83
AÑOS 50.....	87
AÑOS 60.....	123
AÑOS 70.....	243

Agradecimientos

Las colaboraciones puntuales, nacionales y extranjeras, que me han sido útiles durante mi involucración en el sector de la creencia en los ovnis en España son abundantes. Quiero citar los nombres de Julio Plaza del Olmo, Luis R. González, Julio Arcas, José Ruesga, Matías Morey, Luis Alfonso Gámez, Luis Ruiz Noguez, Matilde González, James Oberg, Patrick Ferryn, Win van Utrecht, Carles Berché, Jordi Ardanuy, Martí Flò, Ignacio Cabria, Juan Antonio Fernández, Juan Pablo González, Antonio Herrero, Juan Ismael Santana, Alfonso Ferrer, Javier Esteban, Javier Alonso, Pedro Redón, Jaime Servera, Jesús Suárez, Ted Molczan, Luis Bellot (IAA), César Esteban (IAC) y Luis Díaz González Viana (CSIC), entre otros.

Pero, fundamentalmente, son tres las personas que contribuyeron en buena medida al trabajo previo a la redacción de los artículos de que se compone esta obra monográfica. A ellas quiero agradecer la paciencia que han tenido conmigo y la colaboración que me han ofrecido en innumerables ocasiones: Vicente-Juan Ballester Olmos, Juan Carlos Victorio Uranga y Manuel Borraz Aymerich. Los tres, desde Valencia, Álava y Barcelona, respectivamente, han contribuido a que el acercamiento crítico a las visiones históricas de “ovnis” en Canarias que aquí he intentado sea mejor, más claro, más completo y justificado. Es paradójico –falso: paradójico solo para una mente que se alimenta de clichés absurdos- que desde capitales que se hallan a miles de kilómetros de estas islas se haya hecho más por la comprensión de los abundantes relatos locales sobre ovnis que lo que han ofrecido periodistas y ocultistas que han pululado por el archipiélago en las últimas cuatro décadas, fabricantes de la leyenda urbana de “Canarias mágica” o “lugar donde se ven muchos ovnis”. Preguntas, solicitud de material, consultas, análisis, opiniones, redacción de informes, todo ello por docenas, todo ello respondido por los citados con diligencia y presteza a pesar de mi pesadez, ¡y gratis! –por ahora, al menos. ¿Qué más se puede pedir? Ya no pido más: me basta con agradecerles calurosamente su indispensable y amistosa contribución.

Introducción

Procederemos a tratar de los animales, sin omitir ningún miembro del reino, por innoble que sea, y como mejor podamos. Porque si algunos de ellos no tienen gracias que embelesan nuestros sentidos, aun éstos, al revelar a la percepción intelectual el espíritu artístico que los motivó, produce inmenso deleite a cuantos pueden discernir los eslabones de su causa y gustan de filosofar.

Todo reino de la naturaleza posee sus maravillas; por eso nos aventuramos a estudiar toda clase de animal sin desprecio, porque cada uno de ellos, todos ellos, nos revelan algo natural y alguna belleza.

Aristóteles.

Las partes de los animales I, 5, 1-7

La retórica de los ovnis y la psicología de los testimonios

Este libro no tiene por objeto transmitir ningún misterio, ni sospechas ni intuiciones sobre la naturaleza de los ovnis. Ignoro si hay algún misterio oculto en su contenido, pero creo que es muy poco probable que lo haya; es decir, creo muy poco probable que algún relato o informe sobre ovnis esté relacionado con visitas extraterrestres a la tierra, que es lo que sustenta a la creencia que relaciona ambos conceptos. Para retirar esta afirmación me bastaría con que se presentasen las pruebas correspondientes, pero me temo que esto es pedir demasiado: en 2017 el rumor de los ovnis cumplió 70 años y, a la espera de esas demostraciones irrefutables, la situación es la misma que 1947, solo que con una cantidad exponencialmente creciente de afirmaciones absurdas, de escritores sin pudor que aseguran saber muchas cosas sobre los alienígenas, de especulaciones ridículas y de gentes que desean seguir creyendo a toda costa y no necesitan otro material intelectual que aquel que les mantiene aferrados a sus imaginaciones sobre la vida en el espacio. A todo ello hay que añadir que, al margen de los cínicos que han hecho de la creencia en visitas alienígenas a la tierra en sus naves discoidales parte de su modo de vida, el concepto

de prueba varía enormemente de una persona a otra, de tal forma que lo que para unos puede ser una evidencia, en realidad una fotografía borrosa, para otros no es más que una farola desenfocada; y lo que para aquéllos es una experiencia de primera mano conectada con un misterio irresoluble para los críticos no pasa de ser un relato escasamente fiable influido por la cultura popular de los ovnis. De esta forma, llega un momento en que las posturas, las presunciones y las argumentaciones de uno y otro lado embarrancan y es inútil llegar a un punto de encuentro; situación que, por otra parte, nunca ha sido buscada por mi parte como un objetivo especialmente deseable porque muy pronto me apercibí de que la comunicación no se produce en un reino ideal de flujo interactivo, sino que resulta mediada por mentalidades cultivadas en terrenos muy diversos.

Es por ello que no tengo interés en probar que existe un fenómeno, como no sea el fenómeno psicosocial de los relatos sobre observaciones y apariciones misteriosas. Pero esto no necesita ser probado, porque es obvio que esos relatos e historias existen. Ateniéndonos al contenido de este material oral y escrito, lo que se puede deducir en general es que no estamos ante un fenómeno analizable, si por fenómeno debemos entender en este caso algo que pueda “precipitarse” de esta exposición de historias contadas por seres humanos, de forma paralela a como se produce la precipitación de una sustancia sólida al reaccionar dos líquidos. ¿Hay algún metal pesado tras los relatos de ovnis? Dudo que haya algún fenómeno real y físico tras esta colección de avistamientos, más allá del propio fenómeno social de las declaraciones de los testigos.

Excepto en los casos de caracteres excelentes, una parte de nuestro comportamiento se asemeja al de los animales gregarios. Es irremediable. Pero tal hecho no tiene por qué estar siempre presente; conviene liberarse de él de vez en cuando. Si este libro consigue que, durante su lectura o su hojeo, usted se sienta como una oveja que da un par de codazos a sus semejantes y se retira a pensar un poco al margen de lo que los medios de comunicación transmiten, me daré por satisfecho. Use su orgullo contra los que crean opinión mayoritaria. Piense en los antiguos vendedores de crecepelos; en los miserables de hoy en día que venden sencillos remedios caseros para graves enfermedades; en los molestos publicistas políticos que piensan que todo el monte es orégano; en que el tiempo pasa y las pruebas no llegan; en que es imposible ocultar secretos más de una semana como los que algunos aseguran conocer desde hace décadas; en que el mundo, tal vez, no funciona como usted cree

que lo hace, como le dicen que funciona en las revistas de misterios y en los programas equivalentes de la telebasura y la radiobasura. Considere que todos estos contadores de cuentos y de realidades alternativas reciben su paga por que usted comulgue con unas hostias como la rueda de un molino. Las empresas para las que trabajan deben pagar nóminas, un alquiler, un mantenimiento técnico y unos impuestos. No son investigadores científicos y su aparente necesidad de saber es un camuflaje: administran la ignorancia y las intuiciones establecidas en la adolescencia de sus blancos, sus televidentes, oyentes y lectores.

Repito: no tengo ningún misterio que ofrecerle; no experimentará ningún cambio especial al echar un vistazo a esta monografía, ninguna revelación sorprendente se presentará; su destino –si tal cosa existe- no se verá afectado, igual que no se ve afectado por la lectura de las quincallas ufológicas al uso; no entreverá un orden secreto ni perseverará en la sospecha de alguna ocultación gubernamental. Ni siquiera sostengo que los científicos –aquellos a quienes podría haber correspondido- hayan cometido negligencia alguna al centrar sus esfuerzos intelectuales en otros asuntos más urgentes. Por otro lado, es una leyenda falsa e interesada que la ciencia –cierto número de científicos- no haya abordado históricamente el supuesto “fenómeno ovni”; lo han hecho, pero sin los resultados que el periodismo amarillista y su clientela esperaban que hallaran. Así que esta colección de relatos que el lector tiene en sus manos no esconde vocación de predicador en el desierto, ni es una novela rosa de esas a las que nos tienen acostumbrados los correccaminos de los ovnis.

Me atrevo a asegurar que buena parte de lo que usted ha leído sobre ovnis o todo aquello en lo que cree al respecto con la mayor sinceridad y profundidad, todo ello, puede ser completamente falso, producto sólo de la mercadotecnia y de sus deseos de creer, de sus sospechas más o menos racionales, de su predisposición a dar por buenas y confirmadas anécdotas que han sido elaboradas en redacciones periodísticas siguiendo los gustos mayoritarios. Este caldo de cultivo retroalimenta a los interesados o a los más sugestionables, que a su vez producen testimonios de los que la prensa y otros medios se hacen eco.

Ignorancia disfrazada de posibilidades razonables, manipulaciones que quedan en evidencia al hablar con los testigos, exageraciones, presunciones absurdas, falacias variadas, regado todo ello con una prosa empalagosa y superflua en la que detalles intrascendentes, como el tiempo atmosférico o el hecho de bajarse de un automóvil con actitud

expectante son acontecimientos significativos en sí mismos, preámbulos de lo que está por llegar... Prosopopeya hipócrita. Esa ufología es puro e ínfimo género de creación literaria, porque ufología, como la definieron David Clarke y Andy Roberts (Ignacio Cabria, en España, creo que compartiría esta afirmación), es el estudio de la gente que ve ovnis, que cree en ellos, y de los mecanismos por medio de los cuales el mito de los ovnis es promulgado (revistas, libros, programas de televisión, etc.).

La retórica ufológica básica se apoya en el testimonio de las personas que dicen haber visto luces, fenómenos u objetos que encajan en la imagen social de los ovnis. Una luz con una dinámica anómala; un fenómeno de apariencia extraña, no reconocible o en situación no usual; o un objeto extraño, incomprensible, que es claramente percibido por el testigo pero que sigue sin ser clasificable –por el mismo perceptor– en alguna de las categorías usuales (astronómicas, meteorológicas, tecnológicas). Todo ello puede caer en ese cajón de sastre que resulta ser el concepto “ovni”. Su definición es negativa: es todo aquello que no es, que no ha sido identificado, que es un no-algo.

Al margen de algunos periodistas cultivadores de las ignorancias ajenas, los interesados críticos saben que los informes sobre ovnis suelen ser finalmente aclarados por medio de explicaciones mundanas y científicas. En ningún caso, excepto cuando existan imágenes o filmaciones del fenómeno observado, podemos estar seguros de que los testigos realmente vieron lo que dicen haber visto. Pero ni las fotografías ni las filmaciones son garantía, porque en estos casos se produce una sospechosa disminución de la extrañeza respecto a las frecuentes maravillas del testimonio humano. La enorme abundancia de testimonios y fotografías funciona como pruebas, como si mil imágenes borrosas y otros tantos relatos pudiesen probar la presencia real de una nave galáctica sobre nuestras cabezas. Por el contrario, la subcultura de los ovnis y sus abogados pone en duda las explicaciones científicas y oficiales, fomenta la participación de los legos y los iguala con los expertos, pero al mismo tiempo implica la desconfianza hacia la ciencia. La ufología está compuesta en gran medida por personas que no son científicos y que carecen del aprendizaje y la experiencia necesarios, lo que presupone que cualquiera puede convertirse en “investigador” y que no existe un modelo claro que seguir para el interesado.

En cierta ocasión, Manuel Borraz apuntó, con bastante ironía, tres dogmas ufológicos intemporales que han permitido la supervivencia de

la ufología. No son pocos los periodistas y aficionados que los mantienen como si fuesen oro en paño:

- Los ovnis existen. Aunque parezca una obviedad, no lo es, porque lo que para el buen creyente significa ovni no es lo mismo que para el crítico. Para éste, ovni es un relato de algo que no pudo ser identificado; para aquél, ovni es una nave extraterrestre o un “fenómeno anómalo” irreductible.
- El testigo siempre tiene razón.
- La ufología para quien la trabaja.

En esta obra se parte de que estas tres premisas son falsas. Cuando menos, la primera admite severas matizaciones. Los ovnis existen en cuanto que son relatos que se refieren a presuntos fenómenos u objetos observados por seres humanos o detectados por instrumental técnico. Los testigos se equivocan, se confunden, recuerdan erróneamente lo observado y relatan el recuerdo de su percepción con los habituales adornos, transformaciones y valoraciones que todo perceptor vuelca en una declaración de lo vivido. La ufología no tiene dueño: la “investigación de campo” (desplazamiento al lugar de los hechos y entrevista al testigo) no es estrictamente necesaria, ya que un investigador, desde su domicilio, por teléfono o por cualquier medio electrónico debe ser capaz de realizar una encuesta mínima, si el caso no requiere mayor despliegue de medios. La “investigación de campo” o sobre el terreno es, para muchos, un pasatiempo romántico con el que creen asemejarse a *Indiana Jones* o a los paleontólogos de *Jurassic Park*.

Como ya he indicado, las creencias previas influyen fuertemente en lo que observamos. Uno de los muchos experimentos psicológicos clásicos relacionados con el testimonio humano es el que muestra a un grupo de personas la grabación de un accidente de tráfico. Posteriormente, a cada testigo se le entregó una serie de preguntas entre las que se encontraba: “¿A qué velocidad aproximada podía ir el coche cuando iba por la carretera y pasó por delante del granero?”. Lo cierto es que en la grabación no se observaba ningún granero, pero cuando una semana más tarde los participantes en el experimento fueron preguntados de nuevo por la filmación del accidente un 17% se refirió al inexistente granero en sus respuestas. Ese tanto por ciento puede elevarse significativamente cuando el analista pone de manifiesto diversas presuposiciones en experimentos semejantes, como otros detalles inexistentes y conexiones inverosímiles que aparecen

cuando a los testigos se les solicita el recuerdo verbal de una grabación de vídeo como la indicada. ¿Qué no podrá surgir de la mente de una persona en el momento en que, asombrada o atemorizada, divisa un fenómeno o una luz de apariencia para ella extraña o incluso amenazante?

No es cuestión de tener la “mente abierta” a las palabras del testigo. Esta recomendación es una trampa para interesados bienintencionados pero desconocedores de los factores que entran en juego en la percepción, el recuerdo y la declaración ante un investigador o un periodista. El testigo, a menudo, engaña sin querer; el periodista acepta el engaño y lo transmite; y el consumidor de píldoras pseudocientíficas lo acepta de buen grado porque se adapta como un guante a sus creencias. Es un círculo vicioso mantenido durante décadas por profesionales del amañeo y por ingenuos que parecen creer en el “dogma de la inmaculada percepción”.

A menudo los ufólogos resaltan que los testigos no tenían interés en los ovnis previo a su visión, que nunca habían leído libros sobre esta materia ni seguido con interés programas de radio o televisión al respecto. Pero no hay testigos “inocentes”. Al formar parte de una sociedad como la occidental durante los últimos setenta años no es posible sustraerse a la abundante publicidad que ha existido sobre este tema en múltiples variantes (periódicos, radio, televisión, películas). Un caso destacado es de las abducciones, raptos de seres humanos por entidades alienígenas para ser sometidos a intervenciones médicas en la nave espacial. Se trata de un motivo adaptado de las tradiciones folclóricas de secuestros por entidades del trasmundo como las hadas. Historias semejantes se hallan en la literatura popular de ciencia ficción de la primera mitad del siglo XX, antes de que los ovnis se convirtieran en un mito planetario.

Hoy en día, desde los años 40 del pasado siglo, es imposible abstraerse de la propaganda en torno a los ovnis y sus apariciones, siempre en estrecha relación con el dogma de las visitas extraterrestres. Todo gira a su alrededor, todo entra a formar parte, cada detalle, anécdota, sospecha o indicio se integra en esta inagotable creencia aparentemente sencilla y verosímil. Apenas hay distinción en el concepto “ovni” entre zonas urbanas y rurales, como he podido comprobar por añadidura en las últimas décadas. Prácticamente cada persona tiene una imagen mental de lo que platillo volante u ovni significan, al margen de variaciones.

No existen testimonios “puros” o “no contaminados”, puesto que nuestra maleable memoria se halla permanentemente en un proceso

de reconstrucción de los recuerdos grabados en ella. Nuestra percepción no es una recepción pasiva sino una actividad sintética producto de muchas percepciones. El ojo recibe un mensaje parcial de un estímulo visual primario y el cerebro rellena los huecos con elementos no percibidos, completando así la imagen visual. Esos elementos pueden proceder de conversaciones, sugerencias interesadas de periodistas, lecturas de artículos sensacionalistas, documentales televisivos, etc. V. J. Ballester Olmos y J. A. Fernández incluyeron al final de su monografía de 1987 sobre los “encuentros cercanos” con ovnis en España un ensayo –junto a otros tres sobre diferentes aspectos del mito ufológico–, titulado “Síndrome de transgresión de la realidad”, que ofrece una versión ufológica de estas características de nuestra mente, aunque no se trata, como tal, de un concepto de uso habitual en psicología de la percepción.

Como los citados autores indican, se trata del efecto subjetivo que el testigo ejerce sobre el estímulo que origina la observación, y, más concretamente, es “la modificación sustancial de una percepción óptica cuando ésta se acomoda al arquetipo popularizado del fenómeno ovni, incorporando sus detalles más característicos: forma, estructura, dinámica u otras propiedades”. El estímulo visual sorpresivo funciona como detonante de la transformación involuntaria del estímulo, y no presupone una manifestación patológica ni un fenómeno inusual para la ciencia psicológica. Consiste en un proceso de tipo físico, fisiológico, psicológico y social en el que intervienen el registro, retención, recuerdo y reproducción de la información visual por parte del testigo, más las influencias externas de la prensa y la cultura.

Es imposible determinar con exactitud la importancia de este factor en la casuística ufológica. Es probable que en cada uno de los relatos sobre ovnis –y entre ellos los de este libro– esté presente en mayor o menor medida, ya se trate de sucesos explicados o no. El testimonio humano es dudoso provenga de quien provenga, y quien lo niegue falta a la verdad basada en pruebas empíricas.

Otro factor psicológico y rasgo de personalidad que debe ser tenido en cuenta al examinar los testimonios sobre visiones de fenómenos extraños –no sólo los de tipo ufológico sino de cualquier otra materia insólita– es la personalidad con “tendencia a la fantasía”. Esta locución fue introducida por los psicólogos Cheryl Wilson y Theodore Barber en un artículo de 1983, y se refiere a que un 4% de la población norteamericana –es muy probable que esta cifra sea extensible al resto del mundo– fantasea

la mayor parte del tiempo. Suelen ser excelentes sujetos hipnóticos, tuvieron compañeros imaginarios de niños e imaginaban con mucha viveza durante esa etapa de su vida. Tienen intensas experiencias sensoriales, “ven”, “oyen” y “huelen” lo que fantasean. De la misma forma, este rasgo conlleva mayor dificultad para ubicarse espacial y temporalmente, algo frecuente también en los sujetos fácilmente hipnotizables. Estas personas pueden sufrir todo tipo de alucinaciones, fenómenos asociados al sueño alterado (“viajes fuera del cuerpo”) y recuerdos muy realistas. Asimismo, pueden experimentar visiones “paranormales”, y se trata de sujetos a menudo con dotes creativas, en particular pintores y poetas con diverso grado de relevancia social y con profundos sentimientos religiosos.



“Síndrome de transgresión de la realidad” (tomado de *Enciclopedia de los encuentros cercanos con ovnis*. Vicente-Juan Ballester Olmos y Juan Antonio Fernández Peris. Plaza y Janés, Barcelona, 1987, p. 370)

Ignorando estas cuestiones, la ufología usa diferentes estrategias de legitimación. Al encontrarse al margen de la investigación académica, sus practicantes han tenido que cultivar redes de apoyo y audiencias por sí mismos que les permitan presentarse como *científicos alternativos* para atraer a los legos y a quienes se muestran desencantados con la ciencia convencional. Los devotos de la ufología argumentan que su trabajo supone una mejora respecto a la investigación científica establecida. En este caso, la ufología no asegura simplemente que sus hallazgos sean verdad: se dice que tiene la autoridad para hacer afirmaciones científicas

ciertas y para presentarlas estratégicamente, al margen de los circuitos establecidos en la investigación científica internacional. Pero pocas de estas estrategias implican investigación real. Más bien consisten en aprovechar la ambigüedad o el desconocimiento de lo que es la ciencia para legitimar la práctica ufológica por medio de una imagen de la ciencia popularizada y caricaturizada. Esta popularización distorsionada consiste en diversas formas de persuasión publicitaria: victimismo frente a la “ciencia oficial”; acusación de ilícitas relaciones de los escépticos y los críticos con los poderes establecidos; descripción de ambos como personajes no legitimados para realizar “investigación ufológica” (mentes cerradas, “explicacionismo extremo”, “negacionismo”, falsa dicotomía entre “investigación de campo” y de gabinete, o “de salón”); apelación a la emotividad y las creencias más arraigadas o de rango cosmovisional -valga el palabra- de los seguidores, etc. Frecuentemente omiten todo dato que pueda conllevar la explicación del suceso considerado o que arroje dudas sobre el mismo (presencia de un cuerpo astronómico en las cercanías del “ovni”; naturaleza fraudulenta del testimonio o de una imagen fotográfica), o distorsionan la información hasta convertirla en la aparición de una “nave nodriza” (una gran nave alargada que transporta naves más pequeñas con forma de platillo, según el folclore ufológico) de cientos de metros de longitud no detectada por ningún radar civil o militar. Y, por principio, desvían la carga de la prueba hacia quien duda de la realidad de las versiones más fantasiosas, cuando quien debe probar la naturaleza extraña de un fenómeno es quien se manifiesta a favor, no quien lo hace en contra porque desconfía de las fuentes y de la propia realidad del suceso.

Breve historia del mito de los ovnis

El mito de los platillos volantes u ovnis nació en Estados Unidos a finales de los años 40 del pasado siglo. Por mito debe entenderse aquí un razonamiento de tipo explicativo y de carácter sobrenatural de alguna parcela de la realidad o sobre ésta en su totalidad. El mito nos habla de nuestros orígenes, desarrollo y destino como seres humanos, o de cómo relacionarnos con la realidad de manera procedimental para lograr un objetivo.

Desde sus inicios todo el mundo occidental se hizo eco de la aparición de misteriosos objetos de procedencia desconocida, que más tarde adquirieron la connotación extraterrestre que hoy conservan para el gran público. De ahí en adelante, todo fue un rodar cuesta abajo, una carrera desbocada por la afirmación más sensacional, más sorprendente y más

absurda hasta convertirse en un mito, en una explicación tácita sobre nuestro lugar en el mundo y en el cosmos, una creencia a menudo de carácter religioso con capacidad para asimilar tanto elogios como críticas, ejemplo al mismo tiempo de pretendida apertura mental y de dogmática doctrinaria. Cualquier información, cualquier rumor, especulación o conjetura científica provisional podía ser absorbida por la mente de las personas predispuestas a abrazarlas sin pedir pruebas que estuvieran a la altura de lo que aseguraban sus publicistas más conspicuos socialmente.

En las primeras décadas, las anécdotas sobre platillos volantes ocupaban las primeras páginas de la prensa; a final de siglo ocupaban la última junto a otras noticias del mismo calibre y extravagancias variadas. De ser una importante preocupación social en sus inicios, las apariciones de ovnis pasaron a codearse con actrices que aumentaban su pecho mediante cirugía o sujetos que batían récords absurdos. Ése es el rol que cumplen hoy los platillos volantes: sorprender y llamar la atención un instante. Al principio nos hacían fruncir el ceño y en la actualidad nos hacen sonreír socarronamente.

La caída a posiciones secundarias de las noticias ufológicas llevó aparejado también un cambio en sus contenidos. La prensa escrita de las Islas Canarias reflejó esta evolución, que no debió ser más que reflejo, a su vez, de lo que ocurría en otras regiones españolas y en el resto del mundo. En las primeras décadas, aproximadamente hasta 1967, abundan las referencias sobre la naturaleza global del misterio de los platillos volantes. Desde el citado año hasta mediados de la década siguiente, salvo los tres primeros años de la década, se produjo una auténtica avalancha de noticias, a diario en ciertas épocas. De ahí en adelante el misterio continúa siendo tal, pero es presentado de manera casi rutinaria y el número de noticias decrece rápidamente, apareciendo como sucesos puntuales entre otros. Más adelante, en los años 90, las informaciones sobre ovnis siguen siendo colocadas en las páginas de sucesos o en la última, entre curiosidades más o menos chocantes. En cuanto al tipo de notas ufológicas también es fácilmente detectable un cambio: la abundantísima casuística de los años 50, 60 y 70 junto con largos artículos especulativos, algunos ocupando páginas completas, da paso en los años 90 y la primera década del siglo actual a comentarios pintorescos y en general superficiales sobre aspectos concretos como el secretismo oficial o la desclasificación de los informes de las Fuerzas Aéreas españolas (http://bibliotecavirtualdefensa.es/BVMDefensa/exp_ovni/i18n/micrositios/inicio.cmd) y de otros países.

La expresión platillo volante fue abandonada progresivamente por un acrónimo en principio más aséptico: “ovni” (objeto volador no identificado), propuesta por los proyectos oficiales de investigación del gobierno norteamericano (*Sign, Grudge, Blue Book*, etc.). Pero esa asepsia inicial (un supuesto fenómeno de origen desconocido) fue perdiéndose hasta convertirse en una creencia de masas en visitas extraterrestres, que llevó a los interesados a investigar las misteriosas apariciones con espíritu racional en el mejor de los casos. Gracias a su carácter fugaz y evasivo, los ovnis se convirtieron en un integrante típico y destacado de la *New Age*, en particular cuando los tripulantes de las naves espaciales establecieron contacto con ciertos humanos elegidos, a quienes transmitieron un mensaje que versaba sobre la necesidad de propiciar un cambio psicosocial profundo, o sobre la inminencia de la catástrofe purificadora y liberadora. En los años 70, las especulaciones alejadas del pensamiento racional para explicar el origen de los ovnis como las que mencionan otros planos de existencia, sistemas de control proto-conspiracionistas y presencia de alienígenas en la antigüedad no hicieron más que terminar de alejar a los potenciales interesados científicos de este ámbito. La pseudociencia ufológica ganó terreno debido a la necesidad insaciable del público de aceptar enigmas inventados por escritores profesionales de carácter novelesco.

El pensamiento ufológico dispone, desde sus inicios, de un repertorio de lugares comunes totalmente asentado entre los investigadores y aficionados. Entre las principales ideas preconcebidas se encuentran:

- Tras los ovnis, de una forma u otra, se ocultan naves extraterrestres. En general, ante la palabra ovni entra en juego la emotividad del oyente, que podrá ser un creyente o alguien indiferente, pero siempre la sugerencia inmediata se relacionará con otros habitantes del cosmos.
- Los gobiernos del mundo ocultan información significativa relacionada con los ovnis.
- El testimonio de los testigos siempre se ajusta a la realidad de los hechos. Tal suposición, completamente errónea, parece deducirse de las crónicas periodísticas, que jamás cuestionan un testimonio ni intentan determinar su grado de objetividad.

La mitología de los ovnis, en su parcela periodística, se basa, entre otros, en estos tres axiomas. El carácter irrenunciable de estos puntos contrasta con la ausencia de pruebas que los confirmen. Tal circunstancia llevó al

ufólogo estadounidense Robert Sheaffer a asegurar, un tanto irónicamente, que los ovnis son un fenómeno tímido: sólo se aparecen a determinados testigos, evitando ser descubiertos y analizados. La conclusión de Sheaffer es que el “fenómeno ovni” no existe, porque no hay fenómeno alguno en la naturaleza que se preocupe de evitar mostrar su existencia como lo hacen los ovnis. Sin embargo, siguen denunciándose observaciones, dando la impresión de que, según Sheaffer, la conducta conocida de los ovnis refleja una gran preocupación por los pensamientos y emociones humanas.

Para el historiador de la ciencia Steven J. Dick el nacimiento de la literatura sobre alienígenas está estrechamente relacionado con la ciencia de finales del siglo XIX, especialmente con la teoría de la evolución, la astronomía y la tradición especulativa sobre la pluralidad de mundos habitados. Es decir, la existencia de seres extraterrestres era factible para los occidentales con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial. Pero no es hasta que ésta finaliza y se produce un considerable avance en la ciencia y la tecnología, cuando se vislumbra la posibilidad de realizar viajes espaciales, que las historias sobre observaciones de misteriosas naves volantes de origen desconocido se difunden por todo el planeta. Las primeras especulaciones apuntaban a que esos extraños objetos podían ser de origen soviético, pero pocos años después acabó imponiéndose su origen extraterrestre. Los platillos volantes invadieron la prensa escrita desde su primera aparición en 1947, que casi a diario recogía testimonios de cualquier parte del mundo. El nuevo mito toma forma al mismo tiempo que nace la Guerra Fría y que se avizora la posibilidad de explorar el espacio mediante artilugios fabricados por el hombre. El 4 de octubre de 1957 tiene lugar el lanzamiento del *Sputnik 1*, el primer satélite artificial de la historia, de fabricación soviética, que desata una oleada de observaciones misteriosas los días siguientes. Hollywood produce abundantes filmes de ciencia ficción de modesto presupuesto como *Ultimátum a la Tierra* (*The Day the Earth Stood Still*) (1951), *Invasores de Marte* (*Invaders from Mars*) (1953), *Asesinos del espacio* (*Killers from Space*) (1954) y *La Tierra contra los platillos volantes* (*Earth versus the Flying Saucers*) (1956), que favorecen el desarrollo de motivos ufológicos como los contactados, las tipologías de los extraterrestres, las abducciones, los encuentros cercanos y la ocultación gubernamental. Pero antes que toda producción cultural de tipo visual, los marcianos ya habían conquistado la literatura gracias al gran éxito de *The War of the Worlds* (*La guerra de los mundos*), publicada por Herbert G. Wells en 1898. En 1938 Orson Welles versionó radiofónicamente esta novela, causando un gran revuelo entre parte de

la audiencia de New Jersey y Nueva York. Los extraterrestres marcianos y su capacidad de invadirnos formaban parte del imaginario cultural desde mucho antes de que surgiera la moda de los platillos volantes.

Todas las historias de los ovnis comienzan relatando la observación de Kenneth Arnold el 24 de junio de 1947. Arnold era un piloto aeronáutico privado que estaba rastreando a bordo de su avioneta la zona de las montañas Cascade, en el estado de Washington, buscando un avión accidentado. Alrededor de las tres de la tarde divisó nueve objetos en la lejanía que parecían desplazarse a una velocidad inconcebible para la época y que se movían “como platos lanzados contra el agua” (*like a flying saucer skipped across the water*) o “como la cola de una cometa china” (*like the tail of a Chinese kite*), entre otras descripciones que aportó en diversas ocasiones. Al aterrizar en Pendleton, Oregón, después de intentar comunicar con la oficina del FBI, se puso en contacto con un periodista local que confundió la forma en que volaban los objetos –dando saltos o botes– con la del fuselaje de las naves. Al parecer, la descripción tipo “ala volante” –parecido a un bumerán– la dio Arnold más tarde. A partir de ahí, la prensa norteamericana se hizo eco de gran cantidad de observaciones de misteriosas naves en los cielos de toda la Unión norteamericana pero ya con forma de platillos, con el error de interpretación incorporado. El contexto histórico de estas observaciones es el de la naciente Guerra Fría, las armas secretas y los prototipos aeronáuticos ultrasecretos. La amenaza nuclear en este momento histórico es, de igual forma, otro elemento que atraviesa el devenir inicial de esta creencia occidental. Según indiqué, la opción alienígena como origen de estas visiones fue inicialmente minoritaria, pero pronto ascendió al primer lugar de las preferencias del gran público, muy probablemente ayudada por los intereses estratégicos de los EE.UU., que usaron los platillos volantes como cortina de humo frente a actividades muy mundanas como las pruebas de prototipos aeronáuticos ultrasecretos.

Aunque mantengo la opinión de que la historia de los ovnis comienza en 1947 y que no puede retrotraerse hasta siglos pasados a la búsqueda de fenómenos celestes a los que catalogar como ovnis, es habitual hacer una excepción con las observaciones de extrañas naves con forma de huso en varios estados norteamericanos a finales del siglo XIX, en 1896 y 1897, un antecedente de la epidemia que se desataría medio siglo más tarde. La ambigüedad del cielo nocturno, la emoción del público por el supuesto logro aeronáutico y los fraudes de la prensa contribuyeron a

que numerosos testigos aseguraran haber observado esas aeronaves de origen desconocido sobrevolando diversos estados. Y décadas antes de la observación de K. Arnold circulaban entre los aficionados abundantes colecciones de cómics y novelas gráficas, los *pulp magazines*, con nombres como *Amazing Stories* o *Wonder Stories*. Multitud de marcianos con sus naves en forma de platillos volantes poblaban ya esta literatura barata de ciencia ficción sin demasiadas pretensiones. Al mismo tiempo Howard P. Lovecraft y su círculo de colaboradores introdujeron el terror cósmico y materialista, invadido por horrendas criaturas procedentes de más allá de tiempo o de tenebrosos ámbitos inadvertidos.

Un par de semanas después del caso Arnold, con la prensa norteamericana publicando testimonios de extrañas observaciones por todo el país, un objeto desconocido cayó en Roswell (Nuevo México). Aunque en principio la Fuerza Aérea norteamericana indicó que se trató de un globo meteorológico, poco después se refirió a un “platillo volante”, expresión que por entonces no tenía las connotaciones que tiene ahora. El asunto quedó olvidado hasta que en los años 80 Roswell comenzó a sonar en la subcultura ufológica gracias a la obra de Charles Berlitz y Willian Moore *The Incident*. En ella se especula con la posibilidad del encubrimiento por parte del gobierno norteamericano de la caída de una nave ajena a nuestro planeta pilotada por extraterrestres. Esta historia no era ni siquiera novedosa, ya que en la citada oleada de observaciones de extrañas aeronaves de 1896-1897 se produjo algún caso similar, como la nave marciana accidentada en Aurora (Texas), una historia fraudulenta creada por interés turístico.

En realidad, lo que se estrelló en Roswell no fue otra cosa que los restos de un tren de globos lanzado como parte de un programa secreto bautizado como proyecto *Mogul*. Tras la cortina de humo del globo meteorológico y el platillo volante se ocultaba un proyecto *top secret* con la finalidad de monitorizar posibles detonaciones nucleares soviéticas por medio de micrófonos acústicos de baja frecuencia situados a gran altitud. Ésta fue la explicación asignada por la Fuerza Aérea estadounidense en 1994 al desclasificar la información, conclusión a la que llegaron también investigadores independientes. La Base Aérea de Roswell era la sede del Ala 509 de bombarderos de la USAF, la única en el mundo en aquel momento equipada con armamento nuclear.

A pesar de ello, Roswell siguió siendo un clásico de los misterios del espacio entre los aficionados y la rumorología de Internet, más cuando en 1995 los medios internacionales ofrecieron imágenes de una supuesta

autopsia realizada a uno de los extraterrestres antropomorfos accidentados en 1947. Inspeccionadas las imágenes por técnicos en efectos especiales y forenses, concluyeron que el alienígena no era más que un vulgar muñeco y cierta cantidad de sangre y vísceras. En 2006 el autor de la autopsia confesó el fraude: se trató del experto en efectos especiales John Humphreys, que, con motivo del estreno el 7 de abril de 2006 del film *Alien autopsy*, reconoció que creó al ser de la cinta de Roswell y que interpretó el papel de uno de los cirujanos. El muñeco estaba relleno con sesos de cordero y entrañas de pollo comprados en un mercado.

Según el historiador Curtis Peebles en su obra histórica sobre los ovnis centrada en los Estados Unidos (*Watch the Skies!*, 1984), este mito tenía tres características definitorias en 1947:

- Han sido vistas extrañas aeronaves con forma de disco.
- Son capaces de desarrollar grandes velocidades y de realizar maniobras que incluyen giros de 90°.
- Pueden ser armas norteamericanas secretas, aviones de reconocimiento soviéticos o proceder del espacio exterior.

La asunción por parte de las sociedades occidentales de estos tres puntos dio cuerpo a la creencia en los ovnis. El primero de ellos se ha mantenido intacto hasta hoy en día. De igual manera ocurre con el segundo elemento, con el añadido de extrañas apariciones y desapariciones de radar, entre otros aspectos. En cuanto al tercero, es la posibilidad de su origen exterior la que se impuso con el transcurrir de los años, como ha quedado dicho. Los prototipos aeronáuticos de última generación como los aviones furtivos (*stealth*) indetectables al radar refrescaron la posibilidad de que parte de aquellas visiones fueran provocadas por prototipos y pruebas secretas, pero sin restar fuerza a la arraigada creencia en el origen extraterrestre. En sus aspectos básicos, el mito de los ovnis se ha mantenido desde 1947 hasta la actualidad sin variaciones radicales, aunque se fueron agregando motivos como los encuentros cercanos, las abducciones y los círculos y otras figuras en las cosechas de cereales.

En los años 50 el dogma sobre el origen extraterrestre de esas asombrosas apariciones platillicas se asentó firmemente en los medios de comunicación y en las mentes de los aficionados, a pesar de que los gobiernos, en particular el norteamericano, negaron que hubiese motivos para pensar en su origen cósmico. En la década siguiente, la ufología

quedó al margen de la investigación científica normalizada, aunque continuó su actividad con herramientas propias como la sobrevaloración de los testimonios, la hipnosis, las “alertas ovni”, la creación y el análisis de catálogos de observaciones en los que resulta muy complicado distinguir entre el ruido y una posible señal, etc. Los grupos de creyentes en los ovnis se inspiraron en los círculos ocultistas de contacto con seres desencarnados, tomando el relevo de las sesiones espiritistas del siglo XIX. La supuesta llegada de seres extraterrestres a la Tierra con un mensaje salvacionista o apocalíptico es la faceta más irracional del mito, y también la que más interés ha despertado entre los científicos sociales que se han ocupado de las manifestaciones religiosas contemporáneas. George Adamski fue el pionero, al establecer “contacto” con el venusino Orthon en California en 1952. Al parecer, le transmitió un mensaje admonitorio semejante al del citado film *Ultimátum a la Tierra*, estrenada el año anterior, relacionado con la peligrosidad del uso de la energía nuclear.

A España el mito llegó, en forma de epidemia, en marzo y mayo de 1950. Aunque años atrás algunos estudiosos consideraban que buena parte de las observaciones hispanas se debieron al paso de aviones a reacción, no muy habituales por entonces en nuestro país, según Juan Carlos Victorio, de los 280 avistamientos de platillos volantes en aquellas fechas hay muy pocos casos que parezcan corresponder con las citadas aeronaves. Las estelas observadas recuerdan más bien a las de los meteoros. Además, una lectura detenida de la prensa de la época permite concluir que buena parte de los avistamientos eran bromas y visiones de astros como Venus. Para los españoles de mediados de siglo XX la palabra “platillo volante” no significaba lo mismo que para nosotros; para ellos eran extrañas máquinas voladoras, ya que la idea de lo extraterrestre no se contemplaba aún como una posibilidad con tirón popular.

Un militar norteamericano retirado que ocupaba su tiempo libre investigando estas observaciones, Donald F. Keyhoe, jugó un importante papel en la expansión de la creencia y, en particular, en el rumor del secretismo gubernamental. Tal ocultación era cierta, pero no por los motivos sospechados. Mientras el gobierno norteamericano declaraba secreto oficial las observaciones de ovnis que investigaba por razones de seguridad nacional (posibles violaciones del espacio aéreo por parte de potencias extranjeras), los medios y los ufólogos publicaban una versión fantástica del secreto, según la cual se ocultaba la presencia alienígena en nuestro planeta. En un artículo aparecido en 1950 en la revista *True*, Keyhoe aseguraba que:

- La Tierra ha estado bajo observación por parte de otros planetas al menos durante los dos últimos siglos.
- Estas observaciones se incrementaron súbitamente en 1947, como respuesta a las explosiones atómicas de 1945.
- Las observaciones pueden continuar por un periodo de tiempo indefinido y no hay indicios de que deseen contactar con nuestro planeta de forma abierta.

En lo único que el tiempo le dio la razón al mayor Keyhoe fue en la tercera de sus afirmaciones, porque hasta hoy en día no ha sido posible presentar prueba alguna de las dos primeras, más allá de opiniones personales e interminables especulaciones. La semilla de las ideas conspiracionistas había sido plantada. El proyecto *Disclosure* y la exopolítica, desde finales del siglo pasado, no han hecho más que dar unas cuantas vueltas de tuerca a la paranoia espacial y gubernamental.

A medida que fue avanzando en su segunda mitad el siglo, los ovnis se asentaban cada vez más en la cultura popular. Los medios de comunicación recogían observaciones con cierta frecuencia, y, en determinadas épocas, éstas se acumulaban y aumentaba su número rápidamente, para desaparecer cuando el interés público se saturaba. Hubo varios brotes de este tipo, denominados oleadas en la jerga ufológica: en 1950 en varios países, en 1954 en Francia e Italia, en 1968 y 1969 en todo el mundo, en 1973 en Estados Unidos, en 1974 y 1975 (los años más destacados en España) también en casi todo el planeta, y pequeños amagos en los años 90, más como fabricación de los medios especializados sensacionalistas que como un fenómeno auténticamente espontáneo. Surgieron nuevos aspectos en las manifestaciones ufológicas: ovnis aterrizados y humanoides en sus inmediaciones con una enorme y sospechosa variedad de tamaños y formas, ganado mutilado asociado a visiones de extrañas naves voladoras, “hombres de negro” que amenazaban a testigos e informadores que hablaban más de la cuenta, acuerdos secretos entre extraterrestres y militares norteamericanos para intercambiar tecnología y humanos, razas de seres llamados reptilianos camuflados como dirigentes internacionales y miembros de la aristocracia, etc.

El supuesto rapto de humanos por seres alienígenas, las abducciones, se convirtió en los años 70 y 80 en un fenómeno epidémico en la subcultura de los platillos volantes. El primer relato de este tipo fue el del matrimonio Barney y Betty Hill. La versión estándar de los hechos relata

que regresaban en automóvil a Nuevo Hampshire de unas vacaciones en Canadá la noche del 19 de septiembre de 1961 cuando la mujer se dio cuenta de que una misteriosa luz les perseguía. Barney pensó que era un avión, pero ella no se mostró de acuerdo. Detuvieron el coche, y Barney se sintió aterrorizado al observar la luz a través de los prismáticos y creer que iban a ser secuestrados por los tripulantes de un ovni. Tras tomar varios desvíos, el matrimonio llegó a su casa dos horas más tarde de lo previsto. Después de hablar con su hermana Janet, aficionada a los platillos volantes, Betty compró un libro de Donald E. Keyhoe, *La conspiración de los platillos volantes*, y estableció contacto con él. En el informe oficial de la Fuerza Aérea y en la carta al ex militar y ufólogo el matrimonio sólo habló de una luz nocturna, similar a una estrella, que luego se convertiría en una torta rodeada de ventanas en la parte delantera, a través de las cuales se veían luces azules y blancas. En estado hipnótico recordaron que habían sido secuestrados y sometidos a exploración médica a bordo del platillo volante, aunque el doctor Benjamin Simon sospechó desde un principio que todo era una fabulación de la mujer contagiada al marido. Según Simon, los Hill no mentían, pero la historia estaba basada en los sueños de la mujer y no en un hecho real.

En los años 80 las abducciones saltaron a la primera plana, aunque de manera muy predominante en Estados Unidos, en parte gracias a los libros de un pintor reconvertido en investigador e hipnólogo, Budd Hopkins. *Tiempo perdido* e *Intrusos*, del citado, y *Communion* (1987), de Whitley Strieber, dan por ciertas todas estas historias de raptos. Según éste, las abducciones tienen por finalidad servir de experimentos genéticos a los extraterrestres. Según Hopkins, cada abducción tiene un vínculo con las demás, son parte de algo más grande, algo que conecta a los seres humanos con los alienígenas, a la Tierra con el espacio exterior, de tal forma que tiende a ver su transformación personal como una parte del cambio colectivo de conciencia y de comportamiento. Se trata de un auténtico mito espacial y de metamorfosis individual que en los años 90 añadió cada vez más motivos y elementos a la versión inicial, como seres híbridos y fetos alienígenas extraídos.

El “fenómeno ovni” y los submitos que lo integran estaba llegando en la última década del siglo al tope de sus posibilidades categoriales. En la actualidad, los ovnis han perdido en gran medida el privilegio de lo extraño y misterioso –junto con la parapsicología– con que contaban en los años 60 y 70. La serie televisiva *Expediente X* explotó las facetas más irracionales, ya

citadas, de la creencia ufológica, con gran éxito entre la cultura de masas. La historia alternativa y las conspiraciones son ahora los temas destacados en las revistas de misterios y las producciones audiovisuales. No obstante, en algunos documentales aún siguen apareciendo los extraterrestres como claves interpretativas de la arqueología y la historia de los pueblos antiguos. Basta un rápido vistazo a las páginas de baratillo del misterio en Internet para comprobar que los ovnis son un asunto entre otros abordado con la superficialidad habitual, si acaso presentado con unas pinceladas históricas ortodoxas e incuestionables, y rodeadas de anécdotas sobre vídeos borrosos, fotografías realizadas con modernos teléfonos inteligentes que parecen captadas en los años 30 del siglo pasado, cuando no farolillos chinos de los que se sueltan en festividades de todo tipo, más una buena colección de pájaros e insectos que quedaron capturados en la imagen sin que el autor se apercibiera. Y todo ello existiendo cientos de millones de cámaras distribuidas por todo el mundo (de teléfonos privados, de grabación astronómica, de telescopios, de vigilancia meteorológica y militar, etc.). Es un terreno anclado en la infancia que disfraza con “apertura mental” el deseo de satisfacer necesidades emocionales y espirituales de manera sencilla y gratis con productos de calidad ínfima.

Por qué y cómo investigar los relatos sobre ovnis

Con mayor o menor acierto, la investigación de los relatos sobre ovnis y de las actividades, creencias y producción cultural de la ufología es cuestión de vocación. Por supuesto, me refiero a todos aquellos que no se han dedicado a crear historias fraudulentas y a divulgar especulaciones infundadas, embrollando un escenario de por sí bastante confuso. La vocación de inspiración científica correcta es la que tiene por objeto explicar los hechos, la que deriva con naturalidad hacia el escepticismo, consecuencia normal de quien no se conforma con lo dado y de quien sospecha que tras la mayoría de los aparentes rebeldes de la pluma –del ordenador, hoy- y creadores de opinión se esconden falsarios e individuos que han hecho del fingimiento un arte con el que impresionar a los creyentes menos instruidos.

Esa vocación por lo extraño o por los misterios que divulgan los medios (revistas, radio, televisión y ahora Internet) no tiene por qué desembocar necesariamente en la postura acomodada que lleva a asimilar sin cuestionamiento lo que tales espacios difunden, aunque es lo habitual. La mayoría de los interesados solo tiene una curiosidad

superficial por estas materias -les basta escuchar pasivamente un programa de radio o comprar una revista mensual-, que con el paso de los años se diluye y desaparece. Esta circunstancia es casi merecedora de celebración, puesto que así muchos se libran de perder su tiempo con fabricaciones paranoimalistas y libros desechables que nada aprovechan. Sin embargo, nuevas generaciones se incorporan al consumo en el mercado del misterio. Ésta es una de las razones que llevan a la repetición de los mismos temas históricos una y otra vez, como fábulas que no necesitan variaciones para cumplir su labor. Entre quienes no abandonan, la mayoría queda anclada en una visión romántica que le lleva a ser simples publicistas que disfrazan su levedad con un discurso alternativo de fácil digestión. Y una pequeña porción de esos curiosos encauzará y enfocará su interés desde premisas críticas y con afán científico.

Mi interés por este asunto nació con los programas del psiquiatra Fernando Jiménez del Oso que emitió la televisión pública española. Después, durante años, me olvidé de todo ello, dicho sea con satisfacción. Más tarde, volví a caer en esa tentación, pero de manera ordenada. No tengo intuiciones, ni sensaciones, ni sospecho nada, ni creo que hay algo ahí fuera, ni me impresionan los profesionales del más allá, ni los escritores de enigmas. Me molestan los carismáticos y los figurones me irritan. Pero las historias sobre apariciones de ovnis, al margen de la turbia labor del periodismo especializado, estaban ahí, a la espera de ser abordadas con un mínimo de sentido crítico.

Algún tiempo después de contactar con el investigador valenciano Vicente-Juan Ballester Olmos a finales de los años 80 tuve acceso a sus archivos relativos a la casuística canaria. En octubre de 1991, durante la celebración de las *Jornadas Internacionales OVNI de Santander* organizadas por la desaparecida revista *Cuadernos de Ufología*, me sugirió llevar a cabo un proyecto que había permanecido estancado durante muchos años: reencuestar y analizar la casuística canaria sobre ovnis desde premisas críticas. Aceptada su propuesta, al mes siguiente recibí por correo un grueso paquete de documentación relativa a observaciones de ovnis en Canarias que el ufólogo valenciano había ido recopilando durante muchos años a través de diversos colaboradores y corresponsales en las islas y de la prensa nacional. De la misma forma, gracias a la gentileza de Pedro Redón, poco después accedí a la sección canaria de los archivos del Centro de Estudios Interplanetarios de Barcelona, la entidad pionera en España en el estudio de estos relatos, fundada en 1958. De esta forma pude completar el archivo de Ballester y el mío.

A partir de ese momento, mi labor fue la habitual en cualquier interesado cuya intención no fuera la de llevar una buena nueva a sus parroquianos o buscar pruebas para una fe inamovible producto de la ignorancia del mundo natural, de la tecnología y de la psicología humana. ¿Qué tipo de labor fue, por tanto, la que intenté llevar a cabo aun de manera intermitente? Para responder a esta pregunta, aprovecharé para ofrecer al interesado algunas recomendaciones imprescindibles si desea realizar un estudio o trabajo relacionado con este tipo de relatos sobre visiones de ovnis con un mínimo de rigor y afán racional y explicativo. Entre los pasos habituales se encuentran:

- Comprobación de los astros visibles el día del suceso mediante un programa informático de representaciones astronómicas. Nos permitirá averiguar, conociendo la hora y la dirección en las que fue observado el fenómeno, si se trató de una confusión con alguno de los planetas o estrellas presentes en la bóveda celeste.
- Entrevista con el testigo. Después de pedir una declaración completa y exhaustiva sobre el fenómeno observado, en el mejor de los casos grabada, se intentará completar los aspectos pocos claros con las preguntas adecuadas, sin orientar al declarante en ningún sentido (términos como “nave”, “artefacto volador” o “extraterrestre” no deben salir nunca de la boca del investigador; si acaso, si el testigo por voluntad propia los ha empleado, los podrá citar el encuestador para referirse a esa parte de la declaración, pero siempre con tono y pretensión asépticos). Aunque suele resultar una labor complicada la mayoría de las ocasiones, será bueno contrastar la fiabilidad del testigo (solicitándole que valore distancias y tamaños de objetos comunes, a ser posible a una distancia semejante a la que se hallaba el estímulo visual extraño, indagar sobre su personalidad entre amigos, familia o jefes y, en particular, averiguar un posible interés previo por la cultura popular de los ovnis, detalle sobre el que se le preguntará al final de la conversación).
- Búsqueda de testimonios, corroborantes o no, en las inmediaciones del lugar donde tuvo lugar la observación, que completaremos sin falta con la revisión de la prensa escrita en los días posteriores a los hechos. Es posible, si el suceso ocurrió años atrás, que la prensa publicara alguna noticia al respecto, así que la exploración cuidadosa de ejemplares periodísticos

de fechas cercanas al suceso en una hemeroteca es necesaria. Por otro lado, esa misma labor realizada en épocas propicias –oleadas– puede dar con informaciones sobre denuncias desconocidas para los investigadores. En el caso de Canarias, rescaté del olvido, tras centenares de horas de hemeroteca, un buen número de noticias sobre observaciones de platillos y ovnis en las islas desde 1950 en adelante. En la actualidad, un vistazo a las redes de comunicación de Internet podría ser también útil, si consideramos que el suceso lo merece.

- Cuando sea preciso y pertinente, se consultará con entidades civiles y militares y centros de investigación que puedan aportar información sobre el fenómeno observado por el testigo. Si desconocen el suceso, tal vez faciliten datos que corroboren o desmientan las declaraciones del testigo indirectamente. Resultará especialmente ventajoso tener acceso a algún analista fotográfico de confianza que sea capaz de descubrir un fraude en una imagen fotográfica o filmación de vídeo, o que pueda orientarnos sobre la naturaleza del fenómeno observado (un insecto o un pájaro accidentalmente capturados en una imagen, un cuerpo astronómico no observado por el testigo, una farola encendida en la lejanía, etc.). Podremos conocer así desde las condiciones atmosféricas a la realización de alguna actividad de tipo científico o militar el día en cuestión que explique el fenómeno u objeto divisado, o parte de su actividad. Por ejemplo, un centro de investigación astrofísica o un observatorio astronómico podrá confirmarnos el paso de un bólido en el momento en que numerosos testigos observaron una brillante y “misteriosa” luz cruzar el cielo de parte a parte; un centro de meteorología nos informará de la liberación de un globo sonda poco antes de que un grupo de testigos relatase haber visto un brillante objeto minutos después del ocaso solar; y la torre de control de un aeropuerto nos dará cuenta de la trayectoria seguida por un tráfico en un intervalo de tiempo determinado.

En mi caso, las abundantes consultas con organismos oficiales y científicos, más la colaboración de estudiosos peninsulares, me permitieron explicar una parte significativa de los relatos que aparecen en esta obra mediante causas naturales y artificiales. Y si no fue posible llegar a una solución racional, mi esfuerzo se centró en completar la información

existente. El lector puede imaginar la infinidad de circunstancias que se presentan en una actividad de este tipo al contactar con entidades a las que una petición relacionada con los ovnis les puede sonar a broma o a algún idioma oriental. Junto a ello, el contacto con docenas de testigos, miles de noticias periodísticas y el escrutinio crítico y escéptico del abundante material que un interesado puede llegar a reunir fortaleció mi confianza en cierta forma de practicar la actividad ufológica sin hacer ni una sola concesión al sensacionalismo, al compadreo o a la adulación de personajes intelectualmente despreciables. Otros probablemente habrían desertado al no ver corroboradas sus esperanzas de encontrarse con fenómenos extraños, maravillas trascendentes y chatarras propias de la *New Age*.

Todas estas fuentes de información permiten, con los resultados obtenidos, redactar un informe sobre el suceso, en el que, en el mejor de los casos, quede justificada la explicación hallada, o, en el peor, se indique lo contrario. Los casos no explicados no están ahí para ser contemplados como reliquias: se hallan a la espera de que otros investigadores más capacitados, más críticos y mejor informados encuentren una explicación racional. El destino de los enigmas y misterios es su disolución, obviedad negada explícita o implícitamente sólo por los mercaderes de lo insólito y los ufólogos que deben hacer creer que andan tras una clave del cosmos que sólo ellos, con calzado de senderismo y chaleco caqui con seis bolsillos, han intuitido. La mejor forma de no encontrar explicación a un enigma es pensar que es insoluble. Al contrario que el periodismo de misterios de menor nivel, yo animo a los aficionados a descubrir explicaciones donde no fui capaz; tal vez fui muy torpe para dar con ella, pero seguramente debe existir. Recomendando al interesado que se esfuerce por aclarar, resolver y explicar los enigmas que se presentan como tales en los medios especializados; que lleve la contraria -con información adecuada, con crítica y sin descanso- al sector de los profetas de las realidades ocultas. La explicación, la identificación de la causa de los fenómenos, hace avanzar el conocimiento y permite comprender mejor la realidad. Posibilita, por ejemplo, que un mayor número de enfermedades se curen ahora que hace cien años, que conozcamos mejor el origen y desarrollo geológico del planeta y que comprendamos mejor por qué surgen y se mantienen las creencias sobre fenómenos extraños y apariciones sobrenaturales.

Contenido de esta obra: ovnis como gran cajón de sastre

Circula en las Islas Canarias desde finales de los años 70 una curiosa leyenda: la abundante manifestación de fenómenos asociados a la creencia en los ovnis. Entre los aficionados a los misterios celestes de la Península se considera que este archipiélago es frecuentemente visitado por extrañas luces de origen incierto, llegando en ocasiones a hacer referencia a las islas como “observatorio privilegiado”. Realmente fue muy fácil propagar este rumor: nadie iba a venir a comprobar qué había de cierto en él y los que se acercaban al archipiélago con implicación en este tema eran turistas ufológicos que echaban “más leña al fuego de los ovnis”, siguiendo el juego de los líderes de opinión locales. De la misma forma, tampoco había aquí nadie que cuestionase las mismas afirmaciones de los testigos o que realizase un acercamiento al problema mínimamente crítico. La preocupación por el método no ha sido la característica de la investigación de los relatos sobre ovnis en esta región. Olvidemos de momento lo que son simples afirmaciones sin más base que el amontonamiento de anécdotas e historias de apariencia enigmática e intentemos responder a algunas preguntas básicas: ¿cómo ha sido el fenómeno ovni en Canarias?; ¿cuáles sus características y qué patrones ha seguido? En definitiva, ¿cuál es el hecho, cuál es la realidad de que se habla en este libro? ¿Cuál es el nexo común de las historias aquí recogidas?

Ese nexo es bastante amplio y he aceptado todo lo que he encontrado en múltiples fuentes. La gran mayoría de los avistamientos, apariciones y sucesos que aquí figuran proceden de un contexto en el que fueron definidos como “ovnis”, “naves”, “luces misteriosas”, fenómenos extraños en los cielos y semejantes, así que es una muestra más de la historia de los ovnis, quizá poco importante excepto en lo relativo a dos o tres sucesos (efectos de lanzamientos de misiles norteamericanos en los años 70). He sido exhaustivo y no he realizado una selección previa, segregando solo los rumores y anécdotas sin fecha, localización exacta y breve descripción. Por ello, he incluido también los sucesos previos a 1947 (un total de diecinueve), año en que nace el mito de la aparición de extraños artefactos en los cielos de naturaleza tecnológica y de origen ignoto. No obstante, estas historias previas al citado año no las he tomado en consideración en las gráficas que aparecen inmediatamente después de esta introducción, ya que la comparación que ponen de manifiesto es pertinente para sucesos ocurridos después de esa fecha. En la gráfica de

distribución de la casuística canaria aparecen, por tanto, 319 casos de los 338 de que se compone la primera mitad de esta monografía.

Mi criterio de recogida, por tanto, ha sido *emic*, tomando cada episodio como un “caso ovni” si como tal fue divulgado o fue publicado en un contexto que claramente remite a observaciones semejantes. El caos así creado es marca de fábrica de los ovnis; es el caos que nace de infinidad de mentes percibiendo, contando, recordando y relatando sucesos que no pudieron identificar y de no pocos periodistas y ocultistas que adornaron, exageraron y deformaron todo ello siguiendo el gusto habitual. ¿Le parece al lector que esta norma es demasiado laxa? Quizá haya un nexo común a todos estos relatos: la necesidad de confirmar que existe vida más allá de la tierra, la respuesta intuitiva a si estamos solos o no en el cosmos; o que de vez en cuando tienen lugar fenómenos cuya causa es desconocida e ignorada a propósito por la ciencia.

La exposición de toda la casuística –en realidad, versiones orales y literarias de percepciones de apariencia extraña- relacionada con ovnis en Canarias conocida por el autor no tiene otro objetivo que el de mostrar la manifestación de esta creencia en las islas. Sus características y patrones de comportamiento, en forma de oleadas, son semejantes –véanse las gráficas a continuación de esta introducción- a las de otros lugares con los que comparte cultura e imaginario colectivo. Sus manifestaciones han corrido, a grandes rasgos, en paralelo con las del resto de España. La afirmación de que Canarias es un lugar especial y mágico (¿es por eso que los alienígenas veranean aquí?) es un intento de dotar de un aura especial a un terreno que ya cuenta con suficientes atractivos naturales.

Encontraremos en los artículos que siguen a esta introducción noticias sobre ovnis publicados en la prensa escrita, historias recogidas por el autor personalmente y cualquier referencia catalogable como misterio celeste. De ahí que las explicaciones propuestas –en su caso- sean muy variadas, porque variados son los fenómenos que pueden ser tomados por ovnis, luces de origen desconocido o fenómenos extraños asociados a las actividades y comportamientos usuales de aquéllos. Un desglose general de la categoría de los ovnis aquí tratada nos llevará a tropezarnos con luces puntuales que cruzan rápidamente el cielo; asombrosos y duraderos espectáculos luminosos celestes; luminarias saltarinas que se mueven por los parajes desérticos; fenómenos con apariencia de artefactos voladores que se desplazan o se mantienen estáticos; otros que parecían estar a muy

escasa altura sobre el suelo o directamente posados; seres antropomorfos rondando alguno de esos objetos aterrizados; experiencias de visiones que parecen caer más en el terreno de las alucinaciones que en el de la realidad tangible; testimonios sospechosos sobre muy variados fenómenos; anécdotas inventadas sobre contactos con entes cósmicos; entradas en naves espaciales aparcadas en una playa; fotografías de manchas blanquecinas en fondo negro; fallos de revelado fotográfico interpretados como algo incomprensible; aparentes marcas de aterrizaje en el terreno; insectos y pájaros captados involuntariamente por las cámaras de los teléfonos móviles; aviones poco antes de aterrizar; algún cometa y algún que otro satélite; estrellas al amanecer y al atardecer; brillantes planetas matutinos y vespertinos, solos y en conjunción; reflejos de objetos conocidos; detecciones de radar no aclaradas; falsas intervenciones militares; reentradas de cohetes impulsores de satélites artificiales; efectos en la atmósfera de lanzamientos de misiles desde submarinos; fraudes testimoniales; y la porción habitual de sucesos no explicados, que, como es sabido, no implican la presencia de seres de más allá de Marte en nuestra atmósfera. Sólo la convención referida a “lo ovni” permite incluir este amasijo de anécdotas, historietas y semi-leyendas en una misma categoría.

Según algunos, “lo ovni” sería aquello que no entra en alguna de las posibilidades enumeradas, junto a otras. Pero algo que es negativo (no identificado) no puede ser objeto de estudio, así que, a la espera de las pruebas empíricas pertinentes de que tras el ovni haya algún fenómeno o presencia de las que se presuponen, debemos quedarnos con que estamos ante una especie preeminente de leyenda urbana mundial. El fenómeno es, precisamente, esa enorme masa de relatos, identificados o no, que han sido catalogados como “fenómeno ovni”, y su estudio es apto para folcloristas, antropólogos, sociólogos, psicólogos e interesados en el impacto de la ciencia en la cultura popular.

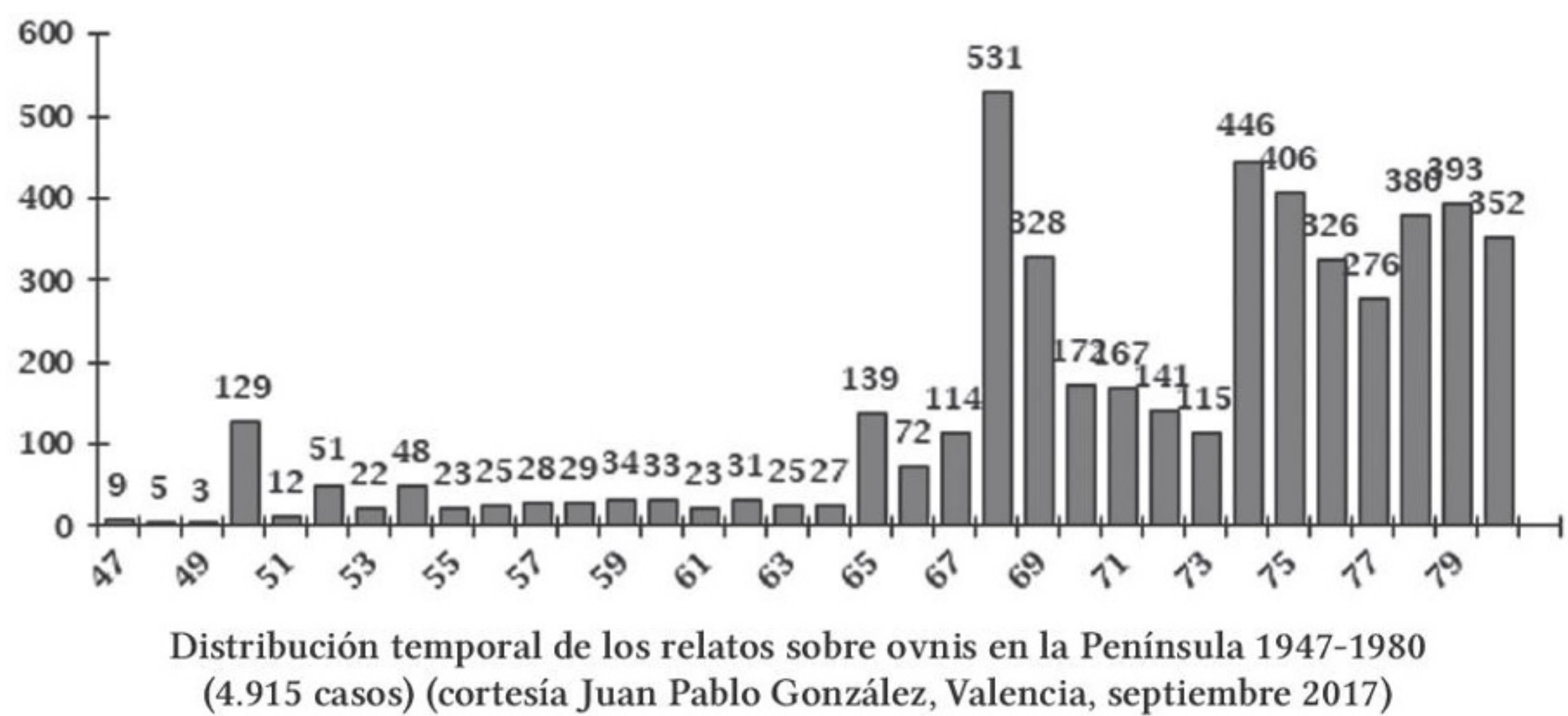
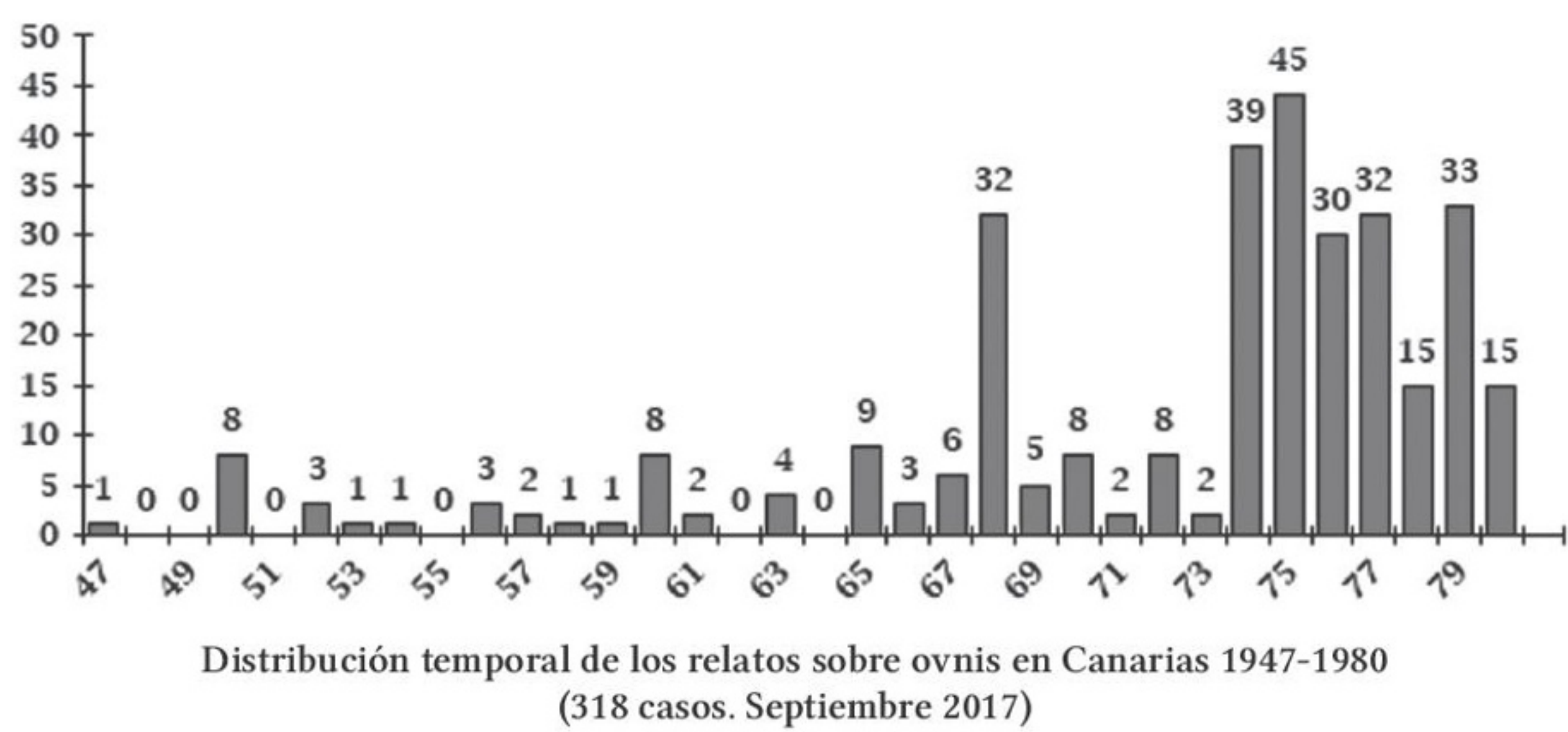
Como señalara Manuel Borraz, la aceptación de las explicaciones aquí propuestas para una parte sustancial de la casuística dependerá de la noción que cada lector tenga de lo “razonable” y de lo “verosímil”, aunque en numerosas ocasiones las aclaraciones no dejan lugar a dudas en cuanto a su pertinencia y justificación. Para el interesado y para el estudioso crítico la certidumbre de las explicaciones será, en ocasiones, un problema en sí mismo. Si bien las explicaciones más usuales –también aquí– suelen ser las de naturaleza astronómica o meteórica y normalmente tienen un alto grado de seguridad, en otras ocasiones se trata de tentativas de

explicación, como en el caso de los rayos globulares o centellas. Su naturaleza no es completamente conocida, ni la auténtica frecuencia de sus manifestaciones, aunque se sabe que es un fenómeno meteorológico real.

No es de extrañar que ante tal panorama los ovnis no sean una temática frecuentada por los investigadores académicos. Algo tan heterogéneo aparenta ser ingobernable y no puede ser más que producto del razonamiento desordenado. No obstante, esta afirmación es falsa en buena medida. Como suelo decir con frecuencia y coloquialmente, no hay materias serias y de risa. Sólo puede ser rigurosa o tachada de superficial, sensacionalista o crédula en el peor sentido la forma en que es abordado cada uno de esos asuntos o problemas –ya sea la materia oscura del universo o la declaración de una médium que dice haber establecido contacto con seres desencarnados. Digo que la afirmación anterior es falsa porque son muchas las investigaciones, en forma de artículos en revistas académicas, tesis doctorales y libros que han abordado el platillismo mundializado, en particular en lo que respecta a los cultos contactistas (*Heaven's Gate*, *Aetherius Society*, Rama, Movimiento Raeliano, etc.), considerados nuevos movimientos religiosos. La misma creencia en visitantes espaciales ha sido objeto de estudio por parte de sociólogos y psicólogos de las creencias. Pero sigue faltando, en particular en España, un interés pleno por parte de los investigadores de las creencias populares y de las leyendas urbanas. Las tuercas, los tornillos, las marcas de trenes de aterrizaje en el terreno, la vegetación quemada o afectada, las cicatrices de los abducidos, las trazas de radar no identificadas y otras supuestas “pruebas” son materia para ingenieros, botánicos y fisiólogos, si lo desean. Pero el gigantesco folclore de que es ejemplo este libro puede significar para el interesado una pequeña muestra de cómo influye la ciencia en las capas populares receptivas, de cómo la religión histórica adquiere motivos nuevos –la actualización de lo celestial en lo cósmico, por ejemplo- para una parte de los fieles, de cómo los antiguos fenómenos celestes son interpretados desde la segunda mitad del pasado siglo como apariciones tecnológicas o manifestaciones de algún poder desconocido, tal vez terráqueo, tal vez de algún lugar de más allá de sistema solar.

Ricardo Campo Pérez
La Laguna, Tenerife
Octubre de 2017
rcampop@gmail.com

Gráficas de distribución de los relatos sobre ovnis en Canarias y la Península Ibérica en el periodo 1947-1980



A grandes rasgos, ambas gráficas son equivalentes y muestran una evolución semejante en los territorios considerados, como cabe esperar en lugares que comparten influencia cultural y ritmos sociales parecidos. Las oleadas –acumulación de observaciones en periodos de tiempo bien delimitados-, por tanto, se corresponden. La primera de ellas es la de 1950, que supuso la entrada en territorio nacional del mito de los platillos volantes. Hasta 1965 el nivel peninsular se mantiene estable y en niveles normales. Ese año el volumen de denuncias y noticias periodísticas crece significativamente, hasta llegar a 1968 cuando tiene

lugar una auténtica epidemia de observaciones de ovnis que también se manifestó en Canarias. En los siguientes años el nivel desciende pero se mantiene elevado respecto a décadas anteriores. El rumor y el mito (aumenta el número de “contactados” con los seres del espacio, de asociaciones de “investigación”, de publicaciones especializadas, de libros y revistas, de producciones cinematográficas, etc.) aumentan su presencia en los medios de comunicación. La población se halla más expuesta a estas influencias culturales. 1974 y 1975 suponen años de oleada, con publicación diaria en los periódicos de toda España de noticias de todo el territorio nacional, ya fuera Lugo, Gerona, Madrid o Gran Canaria, y también desde el extranjero, en particular desde Argentina, con una llamativa presencia de noticias, a modo de curiosidades semi-exóticas, en la prensa canaria. En los cinco últimos años considerados en esta primera parte de esta obra se produce un descenso de la casuística (excepto en 1979), mientras que en el territorio peninsular se mantiene con altibajos. Pero, de ambos muestrarios, a pesar de esas variaciones achacables a la saturación de la población y de los medios, la creencia en las visitas de extraterrestres a la tierra, en misteriosas apariciones, en manifestaciones luminosas como indicios de un universo poblado por inteligencias superiores, se había convertido en un lugar común, paradójicamente.

ANTES DE 1947

Aunque no exista un criterio bien delimitado para distinguir entre los relatos sobre apariciones misteriosas antes de 1947 y los posteriores, el consenso entre los investigadores racionales o escépticos es separar claramente entre unos y otros. Algunos interesados pretenden documentar la presencia de un “fenómeno ovni” intemporal, objetivo erróneo en mi opinión. Los relatos previos al año en que tuvo su origen el mito de los platillos volantes en Estados Unidos, 1947, consisten en anécdotas etéreas más relacionados con el ámbito popular y rural, con lo maravilloso-animista y con los presagios y símbolos celestes que con un conjunto de testimonios originados en una cultura urbana de los medios escritos y audiovisuales, las novelas, los cómics de ciencia ficción, la cinematografía, el miedo a los desarrollos armamentísticos de las dos potencias hegemónicas durante la naciente Guerra Fría y la creciente presencia de movimientos alternativos más tarde catalogados como *New Age*. No obstante, aquí se incluyen los casos de fenómenos y visiones extrañas de que tengo conocimiento previos a 1947 ocurridos en Canarias por ese lejano “parecido de familia” que existe entre unos relatos y otros, y porque esta monografía pretende ser exhaustiva.

27 de marzo de 1761, Tacoronte, El Sauzal, Tenerife

Cuando nuestra mente se halla predispuesta para detectar misterios por doquier es fácil malinterpretar informaciones antiguas y ambiguas, y pensar que tenemos ante nosotros fenómenos pertenecientes al repertorio contemporáneo del periodismo paranormal. Así ocurrió con una información publicada por José G. González en su página de *El Día* en dos ocasiones (6-3-1999 y 16-12-2006), donde se refiere a los “barrancos

de fuego”. Se trata de una cita extraída de una obra costumbrista del siglo XVIII titulada “Memorias. Tenerife en la segunda mitad del siglo XVIII”, de Luis Antonio de la Guerra y Peña. En la edición de 2002 publicada por el Cabildo de Gran Canaria puede leerse:

Fósphoro extraordinario en el mar

El 27 de este Mes de Marzo [1761] por la noche se vio del Lugar de Tacoronte, del del Sauzal, i de otros del Mar, que parecía se había transformado en Etna. Este Phenómeno tan extraordinario amedrentó a todos los vezinos de dichos Lugares, que creyeron era ya el fin del Mundo, i que aquellos barrancos de fuego los venían a tragar, i ocurrieron a las Iglesias a confessar sus culpas, i pedir misericordia a Dios: Púsose patente su Majestad en este conflicto, i los Curas exortaron a sus feligreses al dolor de sus pecados, i seguimiento de las virtudes, hasta que llegó el día, i desapareció todo el Phenómeno, que continuó alguna otra noche, aunque diminuto. Haviéndose hecho reflexión sobre los motivos que pudieran hazer tomar a las aguas del mar esta apariencia de fuego, le daban muchos los que se querían entrar a Fhísicos. Unos decían que era una especie de telitas que se crían en el agua, que los Pescadores llaman ardientia, i muchas ocasiones se hallaban rodeados de ella, de modo que les parecía estar entre las llamas, i que arrojaban chrispas, pero tan inocentes, que su tacto no tenía el minimo ardor: Otros que era alguna Ballena o pez grande, que se avía muerto, i su azeite podrido i extendido en la superficie del agua se veía de aquel modo; otros que era el tiempo de la desova del los pezes, i que ésta unida en un trozo de mar se divisaba de aquel modo; i otros que seguían otros diferentes systemas. En fin los Pueblos que conocieron, que aquello era sólo apariencia bolvieron a sus desórdenes, i demostraron quán poco permanentes son sus conversiones.

González se queda con la expresión “barrancos de fuego” en un artículo titulado “OVNIs canarios en el siglo XVIII”. De la Guerra y Peña usa de manera inapropiada esta expresión en su crónica, pero, un poco más adelante, el autor dieciochesco se refiere con más precisión al mar: “Haviéndose hecho reflexión sobre los motivos que pudieran hazer tomar a las aguas del mar esta apariencia de fuego”, añade que: “Unos decían que era una especie de telitas que se crían en el agua, que los Pescadores llaman ardientia, i muchas ocasiones se hallaban rodeados de ella, de modo que les parecía estar entre las llamas, i que arrojaban

chrispas, pero tan inocentes, que su tacto no tenía el mínimo ardor”. Entre las explicaciones que recoge de la Guerra consta la posibilidad de que el fenómeno se tratase de aceite de ballena que se hubiese extendido por la superficie del mar, o bien producto del desove de los peces.

La explicación no reside en ninguna de las sugeridas por de la Guerra y Peña, aunque en su haber está el esforzarse por plantear algunas de carácter racional. Se trató, en realidad, de un fenómeno bioluminiscente producido por microorganismos marinos. Conocía esta posibilidad a través de algunos artículos que el escéptico mexicano Luis Ruiz Noguez había publicado en Internet, por ejemplo “Las mareas rojas y luminiscentes”: <http://marcianitosverdes.haaan.com/2006/08/las-mareas-rojas-y-luminiscentes>. Confirmé definitivamente este origen al consultar en enero de 2013 al Dr. Alberto Brito, profesor titular de la Facultad de Biología de la Universidad de La Laguna, que me informó, a la vista de la información facilitada, de que con toda probabilidad, se trata de un fenómeno luminoso producido por dinoflagelados del género *Noctiluca*. La fecha coincide con la época de máxima productividad planctónica, que es cuando ocurren estas altas concentraciones de dichos planctobios. Normalmente, añadió Brito, se producen destellos de noche cuando navegamos, pero el fenómeno intenso se produce cuando hay altas concentraciones.

Un fenómeno semejante se produjo el 8 de mayo de 1974 en La Gomera, de lo que se hizo eco *La Tarde* (Santa Cruz de Tenerife) en su edición de 9 de mayo en portada, con el acompañamiento de una foto de la zona en blanco y negro. Según se dice en el pie de foto, los vecinos de La Cueva, en San Sebastián, vieron cómo las olas llegaban a la playa totalmente rojas. Algunos se alarmaron y otros acudieron a comprobar el suceso. Se trataba, aclara el vespertino, “de una cantidad extraordinaria de huevas de camarones que llegaban a la orilla impulsadas por la corriente”.

El analista catalán Manuel Borraz también me aportó información tras una consulta. En un informe accesible en Internet elaborado por Robert F. Staples en 1966 para la *U. S. Naval Oceanographic Office* (<https://archive.org/details/distributionchar00stap>) puede leerse (p. 9): “En las aguas costeras de varios grupos de islas, como las Azores y las Canarias, estos espectáculos luminiscentes ocurren en todas las estaciones. La mayoría de las luminiscencias observadas están causadas por grandes bancos de medusas y tunicados transportados a esas áreas por las corrientes dominantes. Alrededor de las Islas Canarias las bioluminiscencias ha sido observadas

principalmente durante la primavera y el verano, mientras que en las Azores la mayoría de las apariciones ocurren entre abril y diciembre”.

Referirse a ovnis en siglos pasados, ya sea en la antigüedad o en el siglo XVIII, es incorrecto y anacrónico. Para hacerlo con propiedad es necesario explicar previamente qué estamos buscando y qué pretendemos demostrar: si deseamos presentar una colección de portentos celestes lo correcto será desligar claramente unos relatos de otros; es decir, separar los relatos pertenecientes a la era pre-ufológica, que por convención y por lógica se inicia en 1947, y los ocurridos previamente, que pertenecen a un universo mental distinto, incluso las “oleadas” de extrañas aeronaves norteamericanas de 1896-1897, las de Canadá en 1914, las de Nueva Zelanda en 1909 o las británicas de 1912-1913 (véase: *UFOs & Alien Contact*, de R. Bartholomew y G. Howard, Prometheus Books, 1998).

Otro fenómeno, en esta ocasión de naturaleza óptica, que puede hallarse oculto tras descripciones de antiguos fenómenos celestes asombrosos es el halo solar ([https://es.wikipedia.org/wiki/Halo_\(fenomeno_meteorologico\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Halo_(fenomeno_meteorologico))). Manuel Borraz dedicó un artículo a dos claros ejemplos en “Insólitos fenómenos celestes en el pasado”, publicado en *Cuadernos de Ufología* en 1987: se trata de los “Soles de Cifuentes”, en Guadalajara, el 3 de febrero de 1672, y “la cruz de Villaviciosa de Odón”, el 16 de mayo de 1851.

Referencias:

“OVNIs canarios en el siglo XVIII”. José Gregorio González. En: *El Día - La Prensa*, 6-3-1999, p.6.

Memorias. Tenerife en la segunda mitad del siglo XVIII. Lope Antonio de la Guerra y Peña. Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 2002.

The distribution and characteristics of surface bioluminescence in the oceans. Robert F. Staples. Biological Section, Environment Branch Oceanographic Analysis Division, U. S. Naval Oceanographic Office Washington, March 1966 (accesible en: <https://archive.org/details/distributionchar00stap>).

UFOs & Alien Contact. Two Centuries of Mystery. Robert E. Bartholomew & George S. Howard. Prometheus Books, Amherst, New York, 1998.

“Insólitos fenómenos celestes en el pasado”. Manuel Borraz. En: *Cuadernos de Ufología*, 1, 2ª época, julio-octubre, 1987, pp. 4-7.

18 de enero de 1770, La Laguna, Tenerife

El 18 de Enero poco más después de una hora de puesto el Sol se divulgó en esta Ciudad el rumor de que quizá en los Montes de Taganana se había prendido fuego atendiendo a que aquella parte del cielo parecía estremadamente inflamada, roja, i bañada de resplandor más vivo; pero, habiéndose observado con alguna más atención, se conoció que era una Aurora Boreal. La noche, aunque fría, estaba serena, las nubes corrían bastante dispersas, la inflamación i color sanguíneo se extendía por toda la parte del Norte desde el Oriente hasta algunos grados más allá del occidente con una luz a la verdad muy encendida, pero nada tumultuosa, agitada, ni vacilante. Esta iluminación habiendo comenzado a extinguirse por puntos estaba ya a las 12 casi enteramente remisa. No dexó no obstante de causar un extraordinario temor en algunas Poblaciones de la isla en unas por considerar haverse prendido algún fuego en sus inmediaciones, para cuya extinción salieron exploradores, i en otras por considerar era fuego del Cielo fulminado por nuestras culpas, con cuya preocupación se puso en algunas patente a Su Majestad Sacramentado i se hizieron otras distintas obras i actos de piedad.

José G. González reproduce este párrafo de *Memorias* de Lope Antonio de la Guerra y Peña en su artículo de 1999 “OVNIs canarios en el siglo XVIII”, que ya cité al referirme a la observación de los dinoflagelados bioluminiscentes en el caso anterior. El autor lo coloca en un párrafo intitulado “Fuego en el cielo”, y a pesar de que el propio de la Guerra y Peña aporta la solución al aparente misterio, una aurora boreal, González la descarta porque “es un fenómeno difícilmente registrable en nuestro archipiélago”. No estaba por entonces bien informado el articulista de lo anómalo, puesto que tal fenómeno no es habitual pero sí posible; de hecho, se tiene constancia de que ha sido observado en varias ocasiones desde Canarias. Y una de ellas es, precisamente, el 18 de enero de 1770.

M. Vázquez, J. M. Vaquero y J. J. Curto publicaron en el número 238 de la revista especializada *Solar Physics* un artículo (“On the Connection between Solar Activity and Low-Latitude Aurorae in the Period 1715-1860”, accesible en <http://www.iac.es/preprints/files/PP06057.pdf>) en el que comentan que, además de los testimonios de Tenerife, existe una anotación en los archivos de la catedral de Badajoz que muestra que aquella noche fue observada una aurora desde esta ciudad. Varias personas vieron que

la parte norte del cielo aparecía rojiza, una coloración típica de las auroras visibles en latitudes sureñas. Empezó al anochecer y desapareció en torno a las 02:00 horas del día siguiente. También fue observada desde Córdoba. Vázquez, Vaquero y Curto reproducen parte de la crónica que Viera y Clavijo dio a la imprenta en 1770, *Carta filosófica sobre la aurora boreal, observada en la ciudad de La Laguna de Tenerife la noche del 18 de Enero de 1770*, que es prácticamente idéntica a la de Guerra y Peña.

La aurora del 18 de enero de 1770 fue consecuencia, posiblemente, de una eyección de masa coronal solar (CME) importante y de la consecuente perturbación de la magnetosfera terrestre, como es habitual en los casos de auroras sureñas. En días previos se produjo también un aumento de la actividad solar, como señala Vázquez y sus colegas de artículo. Cuando aumenta el número de manchas solares suele aumentar la incidencia de otros fenómenos magnéticos, como las citadas *Coronal Mass Ejections*, las fulguraciones (*flares*), las protuberancias, los eventos de protones, etc., aunque la relación no es estrictamente causal o exacta. Es decir, no necesariamente un grupo de manchas observado en la fotosfera lleva asociado, en capas más altas de la atmósfera solar, otras manifestaciones de la actividad solar como protuberancias, fulguraciones o CMEs. En consecuencia, no hay una correlación exacta entre el número de manchas solares y las auroras, como puede verse en este enlace: <http://astro.uni-tuebingen.de/groups/time/>.

[Nota: agradezco los comentarios técnicos de la Dra. en Astrofísica Inés Rodríguez Hidalgo, Directora del Museo de la Ciencia de Valladolid].

Referencias:

Memorias. Tenerife en la segunda mitad del siglo XVIII. Lope Antonio de la Guerra y Peña. Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 2002.

“OVNIs canarios en el siglo XVIII”. José Gregorio González. En: *El Día - La Prensa* (Santa Cruz de Tenerife), 6-3-1999, p.6.

“On the Connection between Solar Activity and Low-Latitude Aurorae in the Period 1715-1860”. M. Vázquez, J. M. Vaquero, J. J. Curto. En: *Solar Physics* 238, 2006, pp. 405-420 (accesible en: <http://www.iac.es/preprints/files/PP06057.pdf>).

Carta filosófica sobre la aurora boreal, observada en la ciudad de La Laguna de Tenerife la noche del 18 de Enero de 1770. José de Viera y Clavijo. Archivo del Museo Canario, Las Palmas de Gran Canaria, 1770.

Geographically Displaced Auroras. En: Lightning, Auroras, Nocturnal Lights and Related Luminous Phenomena. William R. Corliss. The Soucebook Project, 1982, pp. 21-22.

2 de abril de 1785, El Hierro

José G. González indica en su libro de 1995 *Los OVNI en Canarias*, refiriéndose a este caso, que “tener entre mis manos y leer los testimonios ‘no contaminados’ de hace dos siglos, me hizo replantearme algunas cosas”. No explica qué cosas fueron las que se replanteó. Éstas no debieron ser muchas, y en cualquier caso no demasiado importantes, ya que cuatro años más tarde volvió a reproducir el mismo párrafo de Juan Antonio Urtusástegui en un artículo publicado en *El Día*, ahora bajo el epígrafe “Los OVNI de El Hierro”, y sin mención alguna a las supuestas cosas replanteadas. El texto es el siguiente:

En este año de 85 se dejó ver otro fenómeno: a las siete de la mañana del día 2 de abril, estando el día muy oscuro, aunque despejado de niebla, pasó rápidamente por encima de esta villa, y al parecer muy cerca, un globo de bastante bulto que representaba la figura de una bola negra; y al tiempo de deshacerse dio un estampido semejante al de una pieza de artillería gruesa, que se oyó en toda la Isla, dejando un olor muy fuerte a azufre.

Juan Antonio de Urtusástegui y Lugo (1731-1794) fue un ilustrado orotavense estrecho colaborador de Viera y Clavijo y co-fundador de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife. En 1779 visitó la isla de El Hierro como gobernador de Armas. Su estancia en la isla herreña le llevó a escribir la crónica en la que aparece esta visión extraña.

Francisco Padrón procedió de igual forma que González, ya que reproduce la cita en su página periodística de *Diario de Avisos* en 1992 y en 2000 en su biografía sui géneris *Luces de medianoche*, colocando al ilustrado canario en medio de “algo que, posiblemente, tenga que ver con un avistamiento OVNI”.

La solución al misterio me fue sugerida por César Esteban, astrofísico del Instituto de Astrofísica de Canarias y profesor titular de la Universidad de La Laguna en su especialidad: en opinión de Esteban fue claramente el avistamiento de un bólido que se fragmentó en la atmósfera a baja altura, así que es posible que cayeran trozos (meteoritos). El

limitado repertorio lingüístico de la época para referirse a estos fenómenos atmosféricos puede llevar al deseoso de encontrar portentos celestes en crónicas antiguas a interpretar como misterioso algo que no pasa de ser la anecdótica observación de un ruidoso bólido.

¿Y qué podemos pensar del anómalo detalle del olor a azufre? También Esteban vino, afortunadamente, en mi ayuda, al aportar este enlace: <http://www.meteorite-times.com/bobs-findings/planetary-body-odors>, en el que se describe el olor que emanaba de un fragmento de meteorito hallado en Kansas en 1948 como parecido al del metal caliente, como una sartén de hierro fundido que se ha sobrecalentado o como los filamentos de metal cuando se enciende por primera vez un calentador eléctrico.

Puede verse también sobre “meteoritos apestosos” este enlace sobre una caída en Saskatchewan, Canadá: http://printarchive.epochtimes.com/a1/en/us/nyc/2008/12-Dec/03/A4_World.pdf, en el que el recolector norteamericano de meteoritos Robert Haag indica que la mayor parte de los meteoritos huelen a azufre. En el caso de este meteorito canadiense los testigos también escucharon un ruido sordo, detalle que volveremos a encontrar más adelante en esta exposición de la casuística ufológica canaria.

Referencias:

Diario de viaje a la isla de El Hierro. Juan Antonio de Urtusástegui. Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2004, pp. 22-23. Existe otra edición de esta obra a cargo de Manuel J. Lorenzo Perera, Centro de Estudios Africanos, Colectivo Cultural Valle de Taoro, La Laguna, 1983, p. 38.

Los OVNI en Canarias. José Gregorio González. Centro de la Cultura Popular Canaria, La Laguna, 1995, pp. 53-54.

“OVNI en canarios en el siglo XVIII”. José Gregorio González. En: *El Día - La Prensa* (Santa Cruz de Tenerife), 6-3-1999, p.6.

“Noticias, datos y hechos curiosos”. Francisco Padrón. En: *Diario de Avisos* (Santa Cruz de Tenerife), 2-8-1992, p. 36.

Luces de Medianoche. El viajero del alma. Francisco Padrón Hernández. Autoedición, Santa Cruz de Tenerife, 2000, p. 25.

4 de octubre de 1785, El Hierro

Valga lo escrito para el caso anterior, 2 de abril de 1785, El Hierro, para éste, ya que los protagonistas son los mismos, tanto el del siglo XVIII (el

cronista Juan Antonio de Urtusáustegui) como los del XX (los ufólogos y periodistas del misterio José Gregorio González y Francisco Padrón).

González reproduce en *Los OVNIS en Canarias* el siguiente fragmento de Urtusáustegui:

El tiempo de mi gobierno fue señalado con este portentoso. Acaeció la noche del 4 de octubre un fenómeno, de aquellos con que suelen entretener los papeles públicos con menos motivo. A las ocho comenzó a incendiarse poco a poco desde el mar una lomada enfrente e inmediata a mi casa, como si toda ella estuviese regada de pólvora y se prendiese (casi en estos términos se explicó mi familia y otros que lo vieron) de que se formó una horrible llama que decían se dirigió a ellos; pero a la verdad corrió mucho más allá; a cuyo tiempo sucedió tal claridad que les pareció que se abría el cielo, dejándose percibir con distinción todos los objetos: corrió a mi sala un cabo de ordenanza muy despavorido, gritando, sin saber lo que decía, que estaba pronto a morir por la fe de Dios y del Rey; a estos y a otros semejantes clamores salí de mi cuarto, pero ya no era ocasión de observarlo. De toda la Isla se dejó ver y su dirección fue de oriente a poniente. Los que se hallaban en la parte del sur y en la Punta de la Dehesa, en donde se desvaneció, me afirmaron que su figura era como una barra, al parecer de más de tres varas y como dos o tres pies de ancho, dejando atrás una cola o reguero de chispas, que aumentaba al tiempo de la claridad. Todos los que lo vieron quedaron muy atemorizados.

Francisco Padrón hace lo mismo y también por duplicado en su artículo de agosto de 1992 y en su libro de 2000, pero ni el propio Padrón ni González proponen explicación alguna a lo que presentan al lector.

De nuevo, la solución al misterio fue confirmada por César Esteban, del IAC, y profesor titular de la Universidad de La Laguna en su especialidad: fue claramente el avistamiento de un gran bólido en la noche que iluminó toda la zona. Muy probablemente se fragmentó en la atmósfera a baja altura, por lo que tal vez llegara a producir meteoritos.

Referencias:

Diario de viaje a la isla de El Hierro. Juan Antonio de Urtusáustegui. Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2004 p. 22. Existe otra edición de esta obra a cargo de Manuel J. Lorenzo Perera, Centro de Estudios Africanos, Colectivo Cultural Valle de Taoro, La Laguna, 1983, p. 38.

Los OVNI en Canarias. José Gregorio González. Centro de la Cultura Popular de Canarias, La Laguna, 1995, pp. 53-54.

“OVNI en canarios en el siglo XVIII”. José Gregorio González. En: *El Día - La Prensa*, 6-3-1999, p.6.

“Noticias, datos y hechos curiosos”. Francisco Padrón Hernández. En: *Diario de Avisos* (Santa Cruz de Tenerife), 2-8-1992, p. 36.

Luces de Medianoche. El viajero del alma. Francisco Padrón Hernández, Autoedición, Santa Cruz de Tenerife, 2000, p. 25.

22 de junio de 1799, Las Cañadas del Teide, Tenerife

El testigo principal de este caso fue el destacado geógrafo, naturalista y navegante alemán Alejandro de Humboldt (1769-1859). Se encontraba en Tenerife con motivo de una escala que habría de conducirle a Sudamérica, acompañado de varias personalidades del cuerpo consular y otros científicos. La mañana del 21 de junio de 1799 el grupo ascendía por el Teide, donde pasó la noche. Al amanecer del día 22 se encontraban en la cueva del Hielo, trepando por las secas lavas del imponente volcán, cuando:

... percibimos un muy curioso fenómeno de óptica. Creímos ver del lado del este cohetillos lanzados al aire. Puntos luminosos elevados 7 u 8 grados sobre el horizonte, parecían moverse al principio en sentido vertical; y poco a poco su movimiento se convertía en una verdadera oscilación horizontal que duraba ocho minutos. A la primera ojeada pensamos que estos puntos luminosos, que acá y allá voltejaban, eran indicio de alguna nueva erupción del Gran Volcán de Lanzarote (...); pero la ilusión cesó pronto, y reconocimos que los puntos luminosos eran las imágenes de varias estrellas, aumentadas por los vapores. A intervalos quedaban inmóviles estas imágenes, y luego parecían elevarse perpendicularmente, irse de lado al ascender, y volver al punto de donde habían partido. Estas apariencias de refracción lateral cesaron mucho antes de que la claridad del día hiciese enteramente invisibles las estrellas. El movimiento de los vapores vesiculares causado por el nacimiento del Sol, la mezcla de varias capas de aire cuya temperatura y densidad eran muy diferentes, contribuían sin duda a producir una dislocación de los astros en sentido horizontal. Algo análogo vemos en las fuertes ondulaciones del disco solar cuando rasa el horizonte.

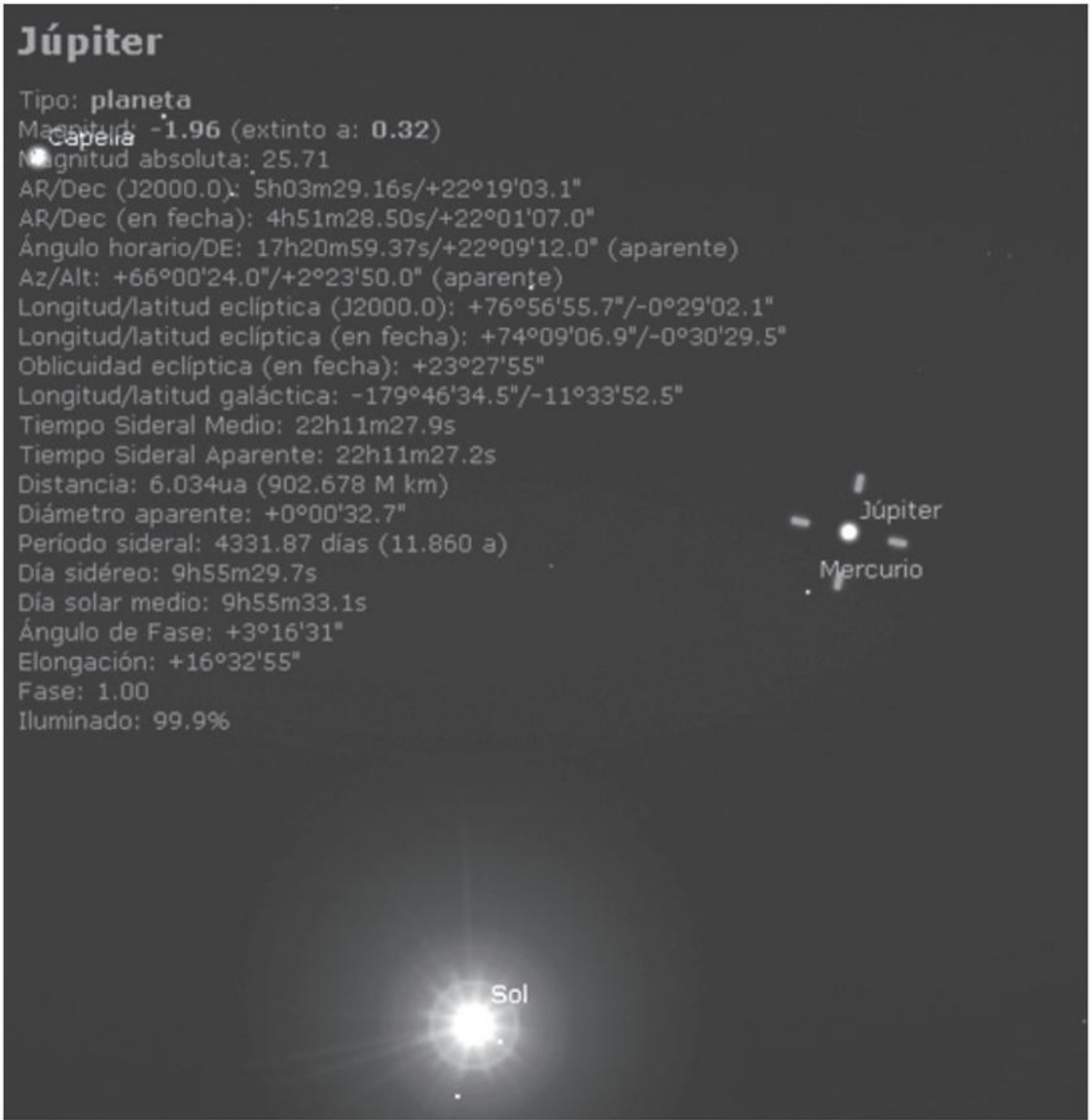
José G. González reprodujo este párrafo en *Los OVNIS en Canarias*, pero no aporta aclaración alguna, aunque indica que el propio Humboldt sí halló una explicación científica. Por algún motivo desconocido la palabra científica aparece entrecomillada en González, quizá porque a la gran mayoría de los interesados en apariciones y misterios las explicaciones astronómicas de la casuística ufológica (ufo-cajón de sastre en el que se introdujo este episodio) suele crearles cierto incomodo, ¡incluso cuando proceden del propio testigo, como es este caso!

Lo que realmente observó Humboldt no eran estrellas sino planetas, concretamente Mercurio y Júpiter, muy juntos por aquellas fechas después de una reciente conjunción y afectados por la refracción atmosférica, como el propio científico alemán aseguró. A las seis de la mañana (Tiempo Universal), poco antes de que amaneciera -si entendemos por amanecer la salida del sol, en el horizonte-, se encontraban al este (acimuts de 69,7° y 70,7° respectivamente), y a unos 9° y 11° de elevación angular sobre el horizonte (magnitudes -1.0 y -2.0) respectivamente, es decir, donde Humboldt afirmó haber visto las “misteriosas estrellas”.

El científico alemán no indica la hora de la observación (“comenzaba a rayar el día”), pero Manuel Borraz calculó estos valores ciñéndose literalmente a la indicación del testigo. Sin embargo, Borraz indica que las 6 de la mañana (TU) no parece la hora más apropiada en este caso para la contemplación de este fenómeno de refracción, puesto que, en ese momento, el sol ya se encontraba a unos -2,8° de elevación, ocultando completamente las estrellas y planetas. Si la hora real fue más temprana, las condiciones de visibilidad habrían sido mejores, debido al mayor efecto de la refracción atmosférica y a la ausencia de la deslumbrante luz solar. Según Borraz, el momento más adecuado para situar la observación son las 05:10 horas TU, cuando los valores que hemos considerado adoptaron estas magnitudes:

Astro	Acimut	Elevación angular
Mercurio	64,1° (este-noreste)	En el horizonte
Júpiter	65,2° “	1° aprox.
Sol	54,7° “	-12° (oculto)

Humboldt -sigue explicando Borraz- habló de “unos puntos luminosos a 7° u 8° por encima del horizonte”, aunque es posible que esta elevación fuera exagerada, pues cuando los dos luceros alcanzaron esa elevación (hacia las 05:45 horas) el sol ya estaba a unos -5,7° de elevación y ya no debían ser visibles las estrellas de primera magnitud. El propio Humboldt afirma que el fenómeno cesó “mucho antes de desaparecer las estrellas con la luz del día”, lo cual apoya la hora del incidente propuesta por Borraz -05:10 horas de la mañana del 22 de junio de 1799-, provocado por la distorsión de la imagen de dos planetas debido a la refracción.



05:10 horas del 22 de junio de 1799, Tenerife. El sol, aún bajo el horizonte, no impide ver una casi conjunción de Júpiter y Mercurio, que fueron las dos “estrellas” que observaron Humboldt y acompañantes en su ascenso al Teide

El curioso fenómeno no representó para Humboldt nada especial, de tal forma que no se preocupó de averiguar que los astros involucrados en la observación fueron planetas y no estrellas, algo que podría haber averiguado consultando a un astrónomo.

¿Qué habría pasado hoy en día cuando la creencia en objetos voladores no identificados y en “visiones de resplandores y apariciones” se halla perfectamente instalada en la conciencia colectiva de los occidentales desde mediados del siglo pasado? No es necesario especular: Manuel Borraz me puso sobre alerta en junio de 1999 al comentar el contenido de un artículo de Jesús Callejo en la revista *Enigmas* en su edición de ese mismo mes. En ese artículo el autor nos informa sobre la festividad de la “mágica” noche de San Juan y las tradiciones populares sobre “fenómenos atmosféricos, visiones de llamaradas, luces, apariciones y resplandores que únicamente se producen esa fecha”. Además hay que contar con las apariciones de “seres luminosos” y “fauna de la más diversa calaña” (sic). Y, a continuación, una morcilla de regalo: Callejo cuela la anécdota de Humboldt cuando subía el Teide pero la sitúa el día de San Juan. En realidad, la observación tuvo lugar el 22, pero va al saco de la magia igualmente. Y, como señaló Borraz con sorpresa, ¡las consideraciones que hace Humboldt en el texto no aparecen en el artículo de Callejo! Es lógico: tampoco figura la sugerencia astronómica que Humboldt aporta de su observación; ni que la palabra *Rakete* en el original signifique cohete (para referirse Humboldt al movimiento aparente de las luces, “como pequeños cohetes”, afectadas por la refracción atmosférica) y no “raqueta” como indica Callejo (que sepamos el berlinés no jugaba al tenis); ni que el “Malpay” no exista (lugar por el que transitaba la expedición del geógrafo alemán), sino que se refiera realmente al malpaís; ni que la visión ocurriera realmente un día distinto al 24 de junio; nada de todo esto puede empañar la farsa de la magia en un artículo “enigmático”, más si tiene relación con un lugar como Las Cañadas y el mismísimo Teide, del que tantas historias de auto-fabricación han contado quienes ven misterios hasta en la sopa en las últimas décadas.

Referencias:

Viaje a las Islas Canarias. Alejandro de Humboldt. Edición Francisco Lemus Editor, La Laguna, 1995, pp. 110-111.

Los OVNIS en Canarias. José Gregorio González. Centro de la Cultura Popular Canaria, La Laguna, 1995, pp. 55-57.

Manuel Borraz, comunicación por correo electrónico con el autor, 23 de febrero de 2000.

“San Juan, la noche pagana”. Jesús Callejo. En: *Enigmas*, año V, junio 1999, pp. 22-27.

“Los ovnis de Humboldt”. Ricardo Campo. En: *La Nave de los Locos*, 14/15, marzo 2002, pp.74-75. Una versión resumida apareció previamente en *El Día* (Santa Cruz de Tenerife), 25-8-1999, p. 18.

7-8 de noviembre de 1826, La Orotava, Tenerife

En la web *Water UFO* existe una entrada (<http://www.waterufo.net/item.php?id=17>) dedicada a la tormenta de San Florencio de 1826, que, con especial intensidad, descargó sobre Tenerife –y toda Canarias– durante once horas desde la tarde del 7 de noviembre a la mañana del 8 de noviembre de 1826. *Water UFO* explica que, según Mr. Auber, un profesor de matemáticas de La Orotava (Tenerife), la violenta tormenta fue acompañada por una serie de extraños fenómenos luminosos que fueron observados por muchas personas.

En el citado episodio catastrófico hubo centenares de muertos, y todavía hoy se pueden recoger relatos de los habitantes de los municipios del norte de la isla tinerfeña que transmiten las impresiones de sus antepasados al respeto. Algún visitante extranjero se hizo eco del suceso, como Elizabeth Murray en su libro de viajes *Recuerdos de Tenerife*. En los últimos años se han publicado algunos artículos en prensa refrescando la memoria sobre esta catástrofe (véanse las referencias al final de este artículo). Pero el más relevante trabajo al respecto es el publicado por José Bethencourt y Pedro Dorta en la revista académica sueca *Geografiska Annaler* en 2010, donde exponen la posibilidad de que la enorme inundación y fuertes vientos de aquel día fueran producto de un ciclón tropical. Aunque en este artículo no se mencionan las extrañas luces observadas lo cito por centrarse en el evento meteorológico en que tuvo lugar la manifestación energético-luminosa que aquí interesa. En el curso de mis gestiones para documentar esta faceta del suceso, aporté información al respecto a uno de los autores, Pedro Dorta, profesor del Departamento de Historia de la Universidad de La Laguna, que desconocía este detalle.

Una carta de Auber, publicada en *Annales de Chimie et de Physique* en 1835, informa de que la tarde del 26 [errata: la fecha correcta es entre el 7 y el 8] de noviembre el viento sopló fuertemente y el cielo estaba cubierto por nubes delgadas. El valle estaba cubierto por la neblina y empezó a llover fuertemente. A medianoche parecía que la lluvia iba a sumergir el pueblo y el silbido del viento contra las casas era muy siniestro. Auber continúa de esta forma:

Vi en la atmósfera una luz similar a la aurora boreal, pero más intensa. Los flashes de luz parecían ascender desde un punto central situado lejos de la costa al norte de mi casa, alcanzando los 45° de altura. La interposición del actual San

Francisco no me permitió percibir de inmediato el centro de las luces fosforescentes, que duró cerca de siete u ocho minutos y desapareció [completamente] después de un cuarto de hora. Este fenómeno luminoso era muy interesante para mí y me llevó a esperar a fin de tratar de conocer la causa. La luz volvió muy pronto, más brillante y más larga que antes y esta vez el centro de la luz parecía haber cambiado de posición, a pesar de que fue tapada por los acantilados de la costa. Esta luz desapareció una vez más para volver en un lugar diferente. Mi atención fue en aumento cuando vi las esferas de fuego aparecer en diferentes direcciones. Estos nuevos meteoros cruzaron entre sí en el cielo, pero no fue tan luminoso como en la primera ocasión; parecían vagar sobre las aguas, y algunos parecían estar a muchas leguas de la orilla, aunque los demás echaron otro destello de luz desde detrás de los acantilados. Cuando me mudé hacia el sur-oeste pude distinguir algunos en la parte inferior de la montaña de Tigayga, a más de una legua de la costa. A las 4:00 am los meteoros desaparecieron por completo, a pesar de que continuó lloviendo fuertemente a las 6:00 am.

Al día siguiente Auber preguntó a otras personas que vivían en la vecindad si ellos también habían visto las luces, lo que confirmó rápidamente. Y añade:

Algunas personas desafortunadas que habían sido tragadas por la fuerza del agua y que habíamos sido capaces de salvar aseguraron que habían visto grandes luces sobre las aguas que se los habían llevado. Todos los esfuerzos que hicieron para llegar a la orilla habían sido acompañados de una luminosidad que parecía salir de las aguas.

José Luis Hernández, de la Asociación Canaria de Meteorología (ACANMET, <http://www.acanmet.org>), me facilitó otros testimonios referidos a esa trágica noche que hacen referencia a estos extraños fenómenos luminosos (incluyo las referencias entre paréntesis). En su opinión, estos relatos se corresponden con muy probables manifestaciones de rayos globulares:

- Antonio Santiago Barrios en su descripción del estado de la atmósfera ya en la madrugada del 8 de noviembre dice: “De modo que en el aire no se notaba oscuridad alguna, porque parecía que el cielo estaba ardiendo y sus llamas iban a abrazar la tierra” (El aluvión del año de 1826. Reseñado por

el beneficiado de la iglesia del Realejo Alto (Isla de Tenerife), *Revista del Aficionado a la Meteorología*, <http://www.tiempo.com/ram/151/el-aluvion-del-ano-de-1826-resenado-por-el-beneficiado-de-la-iglesia-del-realejo-alto-isla-de-tenerife-don-antonio-santiago-barrios>).

- El militar Juan Megliorino apunta que “Se vieron en diferentes puntos fuegos eléctricos, que alumbraban el cielo como una aurora boreal”. (<http://mdc.ulpgc.es/cdm/ref/collection/revhiscan/id/252>).

- En un escrito anónimo se dice: “Noches antes de la referida, se observaron muchos globos de fuego que cruzaron la atmósfera, notándose pronunciado olor a azufre” (Anales del Puerto de la Cruz de La Orotava, 1701-1872, José Agustín Álvarez Rixo, Año 1826, p. 291).

- Álvarez Rixo recoge el testimonio de algunas personas en estos términos: “La noche anterior a esta catástrofe algunas personas observaron que la luna se dejó ver en el centro de tres círculos luminosos, fenómeno que aquí nunca habían visto y no sabían a qué atribuirlo” (Anales del Puerto de la Cruz de La Orotava, 1701-1872, José Agustín Álvarez Rixo, Año 1826, p. 291). Probablemente se esté refiriendo a un paraselene (<http://es.wikipedia.org/wiki/Paraselene>).

- Emilio Auber: “Las ráfagas de luz que en las tinieblas de la noche surgían repentinamente de las cúspides de las montañas del Puerto y del Realejo, formaban prolongadísimos triángulos cuyas bases se reunían oblicuamente en el zenit, convertido en un deslumbrante foco de fuego. Inmóviles algunos instantes, titilaban poco a poco, cual los relámpagos en el lejano horizonte, y después de haberse entrelazado y confundido pasando del color rojo subido al blanco, se separaban de nuevo y, disminuyendo rápidamente, se extinguían, sumergiéndolo todo en la oscuridad, pero por breves instantes, porque no tardaban en brotar, como antes, de ella con igual brillo, para reproducir el fenómeno con idéntica magnificencia y grandiosidad”. Y aclara Auber: “Vuelvo a decir, no obstante, que aquel deslumbrante meteoro no se asemejaba a las auroras boreales que no hace aún muchos años tuve ocasión de observar. La luz del primero

era siempre roja; y si bien palidecía algunos momentos antes de extinguirse, no ofrecía los brillantes matices, así como tampoco dibujaba en el firmamento los arcos propios de las auroras” (carta de E. Auber a S. Berthelot, *Recuerdos*, Revista de Canarias, 36, año II, Biblioteca Pública de Santa Cruz de Tenerife).

[Nota: agradezco a José Luis Hernández, de la Asociación Canaria de Meteorología, las aportaciones bibliográficas relacionadas con este episodio, y en particular sus opiniones sobre los rayos globulares, tal y como me manifestó a través del correo electrónico en abril de 2012 y durante una entrevista personal en La Laguna en septiembre de ese mismo año].

Referencias:

“La mayor catástrofe natural de Canarias que casi nadie conoce”. Verónica Martín. En: *Diario de Avisos* (Santa Cruz de Tenerife), 20-11-2011, pp. 4-5.

“Las pérdidas humanas y materiales del aluvión de 1826 en el Valle de la Orotava según las fuentes parroquiales”. Miguel Ángel Pérez Padilla y Jerónimo David Álvarez García. En: *El Día La Prensa* (Santa Cruz de Tenerife), 11-4-2013, pp. 25-27.

“Las pérdidas humanas y materiales del aluvión de 1826 según las fuentes parroquiales”. Miguel Ángel Pérez Padilla y Jerónimo David Álvarez García. En: *El Día La Prensa* (Santa Cruz de Tenerife), 19-9-2013, pp. 29-31.

E. Murray (2004). La tormenta de 1826. En: *Recuerdos de Tenerife*. Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, pp. 161-173.

“The Storm of November 1826 in the Canary Islands: Possibly a Tropical Cyclone?”. José Bethencourt González y Pedro Dorta Antequera. En: *Geografiska Annaler*, Swedish Society for Anthropology and Geography, 2010, pp. 329-337.

1892, San Bartolomé, Lanzarote

En mis habituales búsquedas hemerográficas –una manía que algunos no dudarían en calificar como vicio propio de los “investigadores de salón”- me tropecé, en 2012, con un llamativo relato publicado por partida doble en *La Voz de Lanzarote* por Miguel Ángel de León. Allí, ante mis asombrados ojos y con el pelo de la nuca erizado, se presentó el misterio; y si no fuera porque la cosa era demasiado perfecta y no tenía a mano el chaleco apropiado para investigar estos asuntos, no habría dudado un momento en salir para la isla a patear el lugar donde una nave de origen desconocido –es decir, extraterrestre- había estado posada durante

un rato a finales del siglo XIX, cuando no había aviones, ni globos meteorológicos, ni planetas, ni estrellas ni ninguna de esas explicaciones racionales que suelen aducir los malos de la película para resolver los casos de apariciones de platillos volantes u ovnis.

Como digo, fueron dos las ocasiones, 29 de agosto de 1992 y 13 de junio de 1995, en que el citado autor se refirió a este caso. Relata una historia digna de que *Cuarto Milenio* le dedicara varios programas, contactando mediante la *ouija* con el testigo - aunque éste no existió realmente-, que se llamaba Fermín Corujo Cabrera y era pastor en San Bartolomé. Una tarde de 1892 estaba Fermín a punto de marchar a casa con sus animales cuando notó que éstos estaban intranquilos. No le dio importancia, pero poco después descubrió el motivo de esa intranquilidad al alzar la vista y divisar al otro lado de San Bartolomé, a la altura de Los Morros, un extraño objeto de color rojo aluminio y de forma ovalada que descendía hasta posarse con la ayuda de cuatro patas metálicas largas y desgarradas. El “achipenque” era enorme desde la distancia y tenía además un pivote central que parecía hundirse en la tierra. Ahora viene lo más interesante: de su interior salieron unos seres que, por su considerable altura, según de León, “harían las delicias de cualquier entrenador de baloncesto”. Iban enfundados en un traje “pelín carnavalesco” y sus cabezas eran voluminosas y calvas. Su piel era de un gris verdoso, los ojos grandes, la boca diminuta y la nariz apenas distinguible. Ante esta visión, Fermín Corujo agarró la primera piedra que halló y la lanzó a la zona en la que se encontraban los “individuos”. Los extraños visitantes, como si se hubiesen dado por aludidos en la distancia, montaron rápidamente en el aparato, que recogió las patas y el tubo vertical y se elevó hasta unos treinta metros de altura, desapareciendo repentinamente.

A través del correo electrónico, el autor de este relato me confirmó que era una pura ironía y una historia completamente inventada, como era previsible. Aún así, posee el interés de comprobar cómo se han difundido exitosamente los estereotipos de los alienígenas y sus naves entre el gremio periodístico no especializado en misterios, hasta convertirse en un recurso más del que disponer a la hora de escribir un relato humorístico y sarcástico.

Referencias:

M. A. de León (1992). “Un OVNI sobre San Bartolomé”. En: *La Voz de Lanzarote*, 29 de agosto, p. 2

M. A. de León (1995). “Caso OVNI en San Bartolomé”. En: *La Voz de Lanzarote*, 13 de junio, p. 2.

1900-1910, Las Salinas del Carmen, Antigua, Fuerteventura

En el número de enero de 2015 la revista de misterios y ocultismo *Año Cero* se publicó un artículo sobre la leyenda de las luces de Mafasca, en Fuerteventura, donde se recogen algunas observaciones de la primera mitad del siglo XX. La ausencia de valoración crítica alguna –los testimonios, en forma de antiguos recuerdos son presentados sin más- es la norma en estas publicaciones, así que la confianza que podemos otorgar a estos rumores no es excesiva; menos aun cuando ha transcurrido tanto tiempo. La observación más antigua de las relatadas, ocurrida en la primera década del siglo XX, es transmitida así:

Nuestra siguiente informante es Susa Cabrera Melo, que a sus 91 años goza de una envidiable vitalidad. La amable mujer narró para *Año Cero* su avistamiento y también el que protagonizaron su madre y su abuela. Empecemos por éste. Caminaban ambas en plena noche desde la zona de Las Salinas del Carmen –donde había ventas de comida por aquel entonces- hasta su domicilio en Triquivijate, acompañadas por un burro de carga. El largo camino discurría por un desértico y oscuro barranco, cuando se les aproximó la Luz de Mafasca y las escoltó durante horas, cual ángel de la guarda. La mujer, que andaba aprisa con la niña entre los brazos, evitaba mirar hacia la luminaria, ya que en esos primeros años del siglo XX se creía que si lo hacías, te atrapaba para la eternidad. Finalmente, nada ocurrió, y cuando llegaban a casa, desapareció por unas gaviás.

Es difícil establecer un criterio fenomenológico claro para distinguir entre relatos sobre ovnis “clásicos” y este tipo de anécdotas aún más volátiles y propias del ámbito rural, pero, como quedó dicho en la introducción de esta obra, se incluye aquí, al igual que otros semejantes que iremos viendo a su debido tiempo, por el lejano “parecido de familia” que existe entre unos relatos y otros.

Referencia:

“La luz errante de Mafasca”. Luis Javier Velasco. En: *Año Cero*, año XXIV, nº1 1-294 (enero 2015), p. 43.

2 de marzo de 1918, Las Palmas de Gran Canaria, Gran Canaria

Ni este ni el siguiente episodio pueden ser considerados estrictamente ufológicos u ovniísticos, o como prefiera el lector para referirse a todo relato que aparente formar parte de algún canon *platillovolandesco*, si es que tal cosa es posible. La descripción de las luces no aparece en un contexto de tal tipo, nadie vio nave alguna, ni seres, ni ningún periodista del misterio pretendió convencer al primer incauto que tuvo a mano de que la evidencia llevaba a pensar que algo extraño ocurrió. Aun así, un buen epígrafe bajo el que colocar la información sobre este caso y el siguiente sería “Luces misteriosas”; de hecho, así fue cómo tituló la noticia *El Progreso* el 8 de marzo de 1918 en referencia a unas luminarias observadas desde Las Palmas de Gran Canaria el día 2 de ese mismo mes.

Según el periódico republicano santacrucero, un vecino de la calle Sagasta que estaba en la ventana de su domicilio que daba a la playa de las Canteras advirtió unas extrañas luces en el mar, mientras en la costa hacían señales. Comunicó su visión a unos amigos y al periodista (*repórter*), y todos se dirigieron a la playa, donde estuvieron varias horas observando.

Desde las ocho y media hasta más allá de las nueve, una luz de gran potencia no cesó de comunicar con otra de mucha más. La primera de hallaba en la cosa de Bañaderos y la segunda en el mar, a unas dos millas de la punta denominada Confital.

Después de las nueve de la noche otra luz que se hallaba muy cerca del barranco conocido como el de la Ballena se comunicaba con la que se veía en el mar. Hasta las once de la noche duraron estas señales.

La noticia añade que no hace muchas semanas una noche se vieron las mismas señales que el sábado, lo cual fue comunicado al teniente de alcalde de aquel distrito por el guardia municipal de servicio en aquellos lugares. “Distintas noches, desde dos meses, se han visto las extrañas señales de que hablamos. Esto, unido al hecho de que hace algún tiempo vive en Las Canteras uno de los cónsules de los imperios centrales, tiene intrigada a la gente, y harían bien las autoridades en averiguar de qué se trata”, finaliza la información impresa.

Como vemos, parece que hubo un baile de luces aquella noche en la costa grancanaria y en semanas precedentes, que hay que situar en el contexto de la Primera Guerra Mundial en Canarias.

Francisco Javier Ponce explicó en un artículo publicado en 1992 en la revista *Vegueta* que la situación geoestratégica de Canarias daba al Archipiélago la condición de estación de tránsito en las crecientes rutas comerciales del Atlántico. El desarrollo portuario que desde los años 80 del siglo XIX conocieron las dos principales islas no fue ajeno a esta circunstancia; bien al contrario, fue inducido por ella de manera preponderante, destacando especialmente la afluencia de capital británico que acompañó al asentamiento de compañías de la misma nacionalidad en las principales ciudades portuarias.

Los alemanes, por su lado, habían logrado introducirse en algunas prácticas económicas relacionadas principalmente con la actividad portuaria, aunque de manera marginal y supeditada a la acción inglesa. Durante los años previos a la conflagración mundial, Canarias había estado presente en algunas de las tensiones suscitadas entre las grandes potencias europeas a propósito del control de la infraestructura de las comunicaciones en las islas, control que facilitaba posteriores establecimientos económicos.

Desde el comienzo de la contienda mundial las Islas Canarias se vieron sometidas a un riguroso control de sus aguas y de la navegación que atravesaba las mismas. La navegación que surcaba las aguas del Archipiélago era frecuentemente interceptada para llevar a cabo controles de cargamento y pasaje que podían finalizar con el desvío del barco a Gibraltar, la confiscación de su carga por considerarla destinada al contrabando con el enemigo o la detención de súbditos alemanes en edad militar. Las constantes sospechas del *Foreign Office* y el Almirantazgo inglés, que ejercía el control efectivo de las aguas canarias, sobre el supuesto aprovisionamiento en las islas de los submarinos que operaban en esa zona del Atlántico, no pudieron, sin embargo, ser corroboradas en la inmensa mayoría de las ocasiones, según Ponce.

En su libro *Canarias en la Gran Guerra* (2006, p. 21) el mismo autor añade que “... como consecuencia de y manifestación máxima de las políticas imperialistas que habían incrementado el protagonismo internacional de las islas, parecía lógico, por tanto, que en ese contexto bélico se revelaran en toda su amplitud la utilidad estratégica y la vulnerabilidad defensiva de Canarias, determinantes de su perfil internacional y, en gran medida, de la política exterior de España. Es decir, “La presencia del archipiélago en la política internacional ha sido una constante histórica derivada de su

propia ubicación atlántica, que le confiere el carácter de encrucijada marítimo comercial con una evidente utilidad estratégica” (Ibídem, 34).

Ponce recoge en su obra otras actividades que pudieron producir testimonios similares al reproducido al principio de este artículo, aunque la prensa no los recogiera:

El 2 de febrero de 1916 el cónsul Croker informó a las fuerzas navales británicas que vigilaban las islas que el *Alondra* había disparado también dos cohetes para frustrar cualquier señal que pudiera haber sido enviada al enemigo; asimismo protestó ante el capitán del puerto y el gobernador civil, dando cuenta de todo ello a Hardinge. El capitán del puerto respondió que no se habían disparado cohetes desde el *Crefeld*, sino desde un pueblo en fiestas de la costa. El gobernador, por su parte, envió a Croker una comunicación recibida por el cónsul alemán, a quien el capitán del *Crefeld* decía que los cohetes habían sido lanzados por los miembros chinos de su tripulación que celebraban el Año Nuevo Chino (p. 160).

... el 8 de enero [de 1915] un mensaje del Almirantazgo avisaba de que el crucero auxiliar *Kronprinz Wilhelm* probablemente intentaría tomar carbón del *Macedonia*, que supuestamente estaba internado, pero que podría escaparse de Las Palmas, al igual que el *Arucas*, si así lo deseaba. Tal aviso llevó al cónsul en Las Palmas a establecer una vigilancia en ambos buques día y noche, acordándose un sistema de señales para informar a los cruceros si alguno de ellos intentaba dejar el puerto (p. 175).

Asimismo, cuando se hizo necesario para los aliados tomar medidas a fin de reforzar el bloqueo de Canarias, los intereses británicos establecidos en las islas proporcionaron una valiosa ayuda. Así ocurrió en octubre de 1914, cuando las tres firmas carboneras británicas en Santa Cruz de Tenerife pusieron a disposición del consulado británico remolcadores o lanchas para patrullar la bahía durante la noche y observar los movimientos de los barcos enemigos en el puerto, alternándose en este cometido los miembros y empleados de las distintas firmas, habiendo acordado, en caso de necesidad, el uso de un código de señales nocturnas para la comunicación entre los cruceros británicos y las lanchas (pp. 212-213).

... el cónsul Swanson disponía de información sobre la existencia de señales luminosas a lo largo de la costa de Gran Canaria, así como con las señales que en noviembre habían

realizado vapores alemanes internados en Las Palmas con ocasión de la salida de ese puerto del barco británico *Gold Coast*. Estas señales, que para el capitán Allen del *Gold Coast* estaban posiblemente destinadas a submarinos, motivaron la solicitud británica al Gobierno español de que se investigara el informe del capitán Allen (p. 239).

Y ya en enero de 1917 el embajador de Francia indicó al ministro de Estado que se habían observado nuevamente en varias ocasiones, y especialmente el día 21 de ese mes, frecuentes cambios de señales entre buques alemanes fondeados en Las Palmas y submarinos de la misma nacionalidad que se encontraban en alta mar” (p. 258).

Todos estos episodios se corresponden con las actividades secretas realizadas en el territorio canario por una u otra potencia y las señales marítimas nocturnas que se realizaban entre los respectivos contactos, aunque en ocasiones, como me indicó el propio Francisco Javier Ponce en un correo electrónico en febrero de 2014, las quejas de los cónsules aliados sobre señales luminosas eran atribuidas por las autoridades de Marina a las de buques en puerto o en alta mar. El exceso de celo de los espías quería atribuir en toda ocasión esas luces a los submarinos alemanes.

Referencias:

“Luces misteriosas”. En: *El Progreso* (Santa Cruz de Tenerife), 8-3-1918.

“El bloqueo aliado y el control de la navegación en Canarias durante la Primera Guerra Mundial”. Francisco Javier Ponce Marrero. En: *Vegueta*, nº 0. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 1992 Accesible en: <http://www.mgar.net/var/guerra142.htm>

Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918: estrategia y diplomacia. Un estudio sobre la política exterior de España. Francisco Javier Ponce Marrero. Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 2006.

21 de mayo de 1918, Santa Cruz de Tenerife, Tenerife

Valga lo dicho en el caso anterior (2/3/18, Las Palmas de Gran Canaria, Gran Canaria) para este, ya que se trató de mismo fenómeno, solo que en la capital tinerfeña. La noticia fue publicada igualmente por *El Progreso*, de Santa Cruz, el 23 de mayo, y explica un fenómeno luminoso observado dos días antes. El periódico remite al inicio de su crónica a noticias

anteriores sobre la incómoda presencia de submarinos alemanes en aguas canarias; a continuación relata lo divisado por varios vecinos de Santa Cruz la madrugada del día 21:

La noche estaba magnífica; la Luna alumbra. Dan las tres y el astro de la noche se oculta. Algunas personas se encuentran en el muelle a aquellas horas. Saben por lo visto que cuando el cañonero “Laya” ha abandonado este puerto por la noche se han visto luces misteriosas en el mar. Hasta cuando los cazasubmarinos norteamericanos nos han visitado, por la noche se vieron aquellas luces. Y el martes vigilaban para ver si el caso se repite. Y se repitió.

A las tres de la madrugada vieron una potente luz en una montaña frente a la de Taco. La oscuridad impedía fijar con precisión el sitio; pero se sabe que era en los montes de La Esperanza. Era aquella una luz blanca, radiante, fija. Sin oscilar un momento permaneció hasta las cuatro y cuarto, hora en que en el mar apareció otra luz idéntica a ella. Estaría a una distancia de unas tres millas y poco más afuera de la punta de la Isleta. Ambas permanecieron encendidas hasta que paulatinamente se fueron apagando, para otra vez volverse a encender, operación que se repitió hasta las cinco de la madrugada, en que desaparecieron. Las dos luces, antes de apagarse, lanzaban vivos centelleos.

Este es el caso del que hoy y ayer se habla y se hacen comentarios en todos sitios, no saliendo bien parados de ellos nuestras autoridades por su falta de energía en un asunto de tanta trascendencia.

Tenemos datos que nos permiten casi asegurar que por nuestras costas merodean los submarinos en contacto con los alemanes aquí residentes, que hacen exactamente lo mismo que han venido haciendo en las costas de España y muy especialmente en el litoral de las Baleares.

Referencias:

“Misteriosas maniobras de los alemanes”. En: *El Progreso* (Santa Cruz de Tenerife), 23-5-1918, portada.

“El bloqueo aliado y el control de la navegación en Canarias durante la Primera Guerra Mundial”. Javier Ponce Marrero. En: *Vegueta*, nº 0. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 1992. Accesible en: <http://www.mgar.net/var/guerra142.htm>

1920 (fecha aproximada), entre Punta del Hidalgo y Almaciga, La Laguna-Santa Cruz de Tenerife, Tenerife

Francisco Padrón recogió, en medio de uno de sus artículos dedicados a glosar las andanzas de esas misteriosas luces que para él eran naves extraterrestres, un antiguo relato que, con dificultad, cae en la categoría de lo ufológico; más bien habría que situarlo en la de las apariciones numinosas o las alucinaciones provocadas por situaciones de elevado estrés. Cuenta el periodista y contactado tinerfeño que [en los años 20] cinco pescadores salieron con su pequeño barco hasta las afueras de Punta del Hidalgo, en La Laguna. Sobre las diez de la noche el mar estaba agitado, hasta el punto de que, en el momento de subir las redes, la barca volcó. Se hallaban lejos de la costa, pero intentaron ganarla a nado. El más diestro miraba de vez en cuando para atrás para ver si sus compañeros lo seguían. Sobre las siete de la mañana este pescador llegó exhausto a la playa de Almaciga (a la altura de Taganana), donde se desmayó. Sus compañeros habían desaparecido. Tiempo después el pescador superviviente contó que:

Cuando todavía me faltaba mucho por llegar a la costa y ya el cansancio podía más que mis ganas de vivir, pareciendo que todo esfuerzo era inútil, fui ayudado por unos “extraños ángeles” que, vestidos de blanco, flotaban sobre el mar y me decían, claramente: “Sigue adelante. No te detengas. Ten confianza y no te preocupes por tus compañeros. Sigue adelante”.

Según Padrón, este protagonista vivía en la actualidad (1990) y tiene cerca de 90 años, recordando él y sus familiares el hecho como algo muy real.

Dando por cierta la experiencia del naufragio, que no la de los ángeles salvadores, la anécdota remite a la creencia en los ángeles guardianes de la tradición católica. Padrón no tuvo cuidado de aclarar, si era posible, en qué momento concreto “percibió” el náufrago superviviente a sus ayudantes e inspiradores, si durante la propia noche de angustiosa natación –como se da a entender– o posteriormente en un sueño intercalado más tarde en el relato.

Para Padrón no parece haber especial dificultad en insertar esta anécdota en uno de sus artículos, puesto que no muy lejos andan los extraterrestres de los ángeles: ambos son criaturas salvíficas, ayudantes de los humanos, admonitores de los descarriados y pronosticadores del

progreso espiritual y de la realización humana en el cielo ortodoxo o por medio de la transmutación de los cuerpos en el cosmos gnóstico. En cualquier caso, no estamos solos en el universo.

Joe Nickell indica que el estrés puede “fabricar” ángeles en situaciones críticas. Citando a Robert A. Baker, asegura que es un hecho bien conocido por los psicólogos que sujetos sometidos a situaciones de estrés y miedo extremos pueden alucinar. Estas alucinaciones, en muchos casos, toman la forma de fantasmas, ayudantes, guías y asistentes, y juegan el papel de salvadores. Si quien alucina tiene también creencias religiosas es fácil entender que sus ayudantes se conviertan en ángeles habitantes del cielo (*Entities...*, Nickell, 1995, p. 157). Es muy probable que, si la amarga aventura del naufragio fue real, la visión fuera producto de la situación extrema y de las creencias del protagonista que consiguió salvarse.

Referencias:

“Los OVNIS vuelven a los cielos de Canarias”. Francisco Padrón Hernández. En: *Diario de Avisos* (Santa Cruz de Tenerife), 4-11-1990, p. 35.

Entities. Angels, Spirits, Demons, and Other Aliens Beings. Prometheus Books, Amherst, New York, 1995, pp. 149-181.

1928, Vallehermoso, La Gomera

En un artículo titulado *La luz fantasma de La Gomera*, publicado en 2010 en *Año Cero*, Alfonso Ferrer divulgó algunos breves relatos que he asociado a posibles manifestaciones de rayos globulares. Entre ellos figura una anécdota localizada en 1928 en el municipio gomero de Vallehermoso:

Eustaquio Ventura, cronista del pueblo ya fallecido, me narró en su momento –escribe Ferrer– su propia experiencia. “En 1928, cuando tenía diez años y todavía no se hablaba de OVNI, la luz se veía incluso volando sobre la carretera. Asomaba por Buenavista y se movía a una enorme velocidad”. En esa época las condiciones de vida nada tenían que ver con las actuales; el hambre y las enfermedades se cebaban en los habitantes de Vallehermoso, que debían andar enormes distancias por caminos solitarios, incluso durante la noche. Así, en la espesura del bosque los encuentros con la luz eran abundantes.

De hecho, la convivencia de los habitantes con la luz del Roque se hizo extrañamente familiar. Don Eustaquio asegura que en aquel entonces todos los vecinos habían contemplado el “no identificado” al menos una vez, pues durante semanas sus apariciones eran diarias. El cronista me relató lo que le ocurrió a un hombre que venía en su burro del pueblo cercano de Las Rosas, cuando el foco luminoso se le echó encima, pasando a pocos centímetros de su cara.

Hasta aquí el relato del testigo que nos transmite Ferrer, que puede encajar, con las salvedades oportunas, como un ejemplo más de hipotéticos rayos globulares o centellas. El programa televisivo *Cuarto milenio* se ocupó de esta y otras historias semejantes en su emisión de 18 de marzo de 2012, refiriéndose a las “luces populares” pero sin pretensión explicativa alguna. La “luz de La Gomera” es una leyenda semejante a la más conocida de Mafasca, en el municipio de Antigua en Fuerteventura, de la que veremos algunos ejemplos más.

Referencias:

“La luz fantasma de La Gomera”. Alfonso Ferrer. En: *Año Cero*, año XXI, número 04 (abril) 237, 2010.

Luces populares en la Gomera y Mafasca, *Cuarto milenio*, Cuatro, 18 marzo 2012.

1937, Puerto del Rosario, Fuerteventura

Ésta es la segunda de las anécdotas recogidas por L. J. Velasco en relación con la “luz de Mafasca” que aparece en un artículo publicado en 2015 en *Año Cero*. Como indiqué al abordar el primero de estos relatos (1900-1910, Las Salinas del Carmen, Antigua, Fuerteventura), en el artículo no figura valoración crítica alguna, ya que los testimonios, en forma de antiguos recuerdos, son presentados sin más. Dice así esta anécdota:

Después de relatarnos la experiencia de sus familiares, Susa se centró en la suya. Tuvo lugar en el verano de 1937, cuando era una adolescente. Se encontraba en compañía de un militar que la cortejaba y que prestaba servicio en Puerto Cabras (actualmente Puerto del Rosario). Ambos estaban charlando en la puerta de la casa de Susa, momento en el que contemplaron una luz brincando por los terrenos adyacentes, cerca de un

viejo cementerio. Aquello no podía ser un coche porque “botaba” a gran velocidad. En apenas un parpadeo, se desplazó hasta la zona de Playa Blanca, recorriendo una distancia de un par de kilómetros. Al mismo tiempo, el hermano de nuestra informante y el que luego sería su futuro cuñado, que se encontraba pescando en Playa Blanca, también vieron la luminaria moviéndose hasta perderse a lo lejos.

La mujer rememoraba con asombro: “Eso corría que daba miedo y era de un color amarillento”. El soldado tuvo temor de regresar solo al cuartel, así que se unió a dos personas que iban en su misma dirección. Una década más tarde, su marido y un compañero de trabajo se toparon con la luz en mitad de la madrugada cuando llevaban hacia Tiscamanita un cargamento de grano.

El autor del artículo no aporta detalle alguno que lleve a pensar que la luz observada por el marido una década más tarde fuera la que vio su mujer previamente. Es de suponer que la apariencia visual fue semejante. En cuanto a mi criterio para incluir este relato en la presente obra, remito al lector a la consideración que hago al final del artículo citado en el primer párrafo (1900-1910...).

Referencia:

“La luz errante de Mafasca”. Luis Javier Velasco. En: *Año Cero*, año XXIV, nº1 1-294 (enero 2015), p. 43-44.

1938, Montaña Grande, Güímar, Tenerife.

F. Padrón relata de esta forma un antiguo encuentro con una luz misteriosa en las inmediaciones de la montaña que, a la altura de Güímar, queda a la izquierda cuando se transita por la autopista del sur:

1938. Lugar: inmediaciones de la Montaña Grande, del volcán de malpaís, en Güímar, cerca de El Socorro. Los recuerdos del testigo afloran en sus cansados ojos, en las arrugas de su rostro. Años duros bregando con aquella tierra reseca.

“Recuerdo que, sobre las nueve de la noche, me tenía que encontrar, un poco más allá, con Juan, el medianero de otra finca, para hacer el cambio de agua en la “tanquilla” y regar la tierra. El siempre caminaba, por lo oscuro, con un farol y yo

pensé que la luz que se aproximaba era la de Juan, pero pronto me percaté que no podía ser. Aquello hacía unos movimientos rápidos y raros. Se me venía recta hacia mí. Me desvié a un lado y corrió como un loco. Más adelante me encontré al medianero y a su mujer que, espantados, se habían refugiado cerca de un muro, gritando: ¡La luz! ¿Viste la luz?”.

No era la primera vez que los vecinos de aquel lugar veían “las luces”. La gente mayor guarda, todavía, en la memoria, aquellas luminosas apariciones.

“Eran blancas, muy brillantes, con cierto tono amarillento, y su tamaño, como el faro de un coche. Aparecían casi a diario. Ya las veíamos como algo “normal”. Cuando pasó la autopista, al pie de la montaña, casi dejaron de aparecer”.

Y las luces, las extrañas luces, tienen, en sus invisibles e inquietantes filamentos, la carga de una tradición oral que las relaciona con *almas en pena*, que no han encontrado el eterno reposo.

“Se dice que es el ánima de un cazador que “desrriscó” por aquí cerca...”.

Al parecer se trata de un espíritu muy activo y juguetón, ya que en ese volcán de Güímar, desde su cráter, muchas noches salían dos de esas luces que rodeaban –cada una por su lado– a la montaña. Al encontrarse se fundían, transformándose, a continuación, en cuatro faros más pequeños, todos iguales, realizando una especie de demostración de ballet luminoso, para volver a desaparecer en el cráter del volcán.

“Parecía que estuvieran como locas. Brincaban por todas partes. Incluso se acercaban cuando les gritábamos: ¡Luz, vez! Claro que, entonces, salíamos disparados”.

Se trata de un llamativo relato sobre este tipo de luces misteriosas previo a la moda de los ovnis (aparentemente) a pesar de su origen anónimo, proceder habitual en la fuente transmisora. ¿A qué puede estar refiriéndose el testigo, dando por buena la mediación de Padrón al publicar la anécdota? ¿Quizá algún tipo de “manifestación energética natural” semejante a los rayos globulares? El detalle de su casi desaparición una vez que se construyó la autopista del sur no encaja con el de un fenómeno natural; más bien parece tratarse de un simbolismo que pretende representar la colisión entre un mundo natural y mágico (simbolizado por esas luminarias) y el mundo moderno de la técnica y las comunicaciones

impersonales (la autopista que quiebra el estatus previo del lugar). Como en otras leyendas similares (las luces de Vallehermoso que vimos con anterioridad o las de Mafasca en Fuerteventura), se las relaciona también con el mundo animista de las apariciones de almas en pena. En cualquier caso, no puede negarse el interés antropológico que estos relatos poseen, al margen de que, en principio, también puedan tener cierta relevancia desde el punto de vista de la física atmosférica.

Referencia:

“El día en que la luz no era la de Juan ‘el medianero’”. Francisco Padrón Hernández. En: *Diario de Avisos* (Santa Cruz de Tenerife), 29-5-1988, p. 24.

1940 (fecha aproximada), Sardina del Sur, Santa Lucía de Tirajana, Gran Canaria

F. Padrón publicó en su página periodística de los domingos, en septiembre de 1991, un relato sobre una observación maravillosa que no encaja en la categoría ufológica, pero que incluyo en esta obra porque aparece bajo el epígrafe “Investigaciones OVNIS en Canarias”. Padrón se refiere a esta historia con la expresión “el encantamiento de Sardina”, que habría tenido lugar en los años 40 en Sardina del Sur, en el municipio grancanario de Santa Lucía de Tirajana.

El protagonista fue Juan Pérez Vega, y su relato fue recogido por la Confederación Atlántida, aunque ahora es Padrón el que, se supone, vuelve a hablar con el testigo. El citado periodista dice que el encantamiento lo contemplaron “Juan y sus hijos, hoy con más de sesenta años, cerca de la orilla del mar, en las proximidades del Castillo del Romeral, casi cincuenta años han transcurrido de aquello”. (Al tener lugar la entrevista en 1991 y referirse a que la visión tuvo lugar hace casi cincuenta años la he situado a principios de los años 40):

Mire usted: yo siempre he oído decir, y lo creo, que es positivo, que Sardina está encantada. Yo vi... ‘movimiento’, y, desde luego, yo vi lo que le cuento.

Yo estaba ‘diendo’ a Casa Santa, que está muy cerca del Castillo. En aquel entonces trabajaba con un señor que llevaba una finca, y ‘díamos’, de aquí, yo y mis dos hijos, los más

viejos, antes de aclarar el día, porque era lejos y teníamos que ir dando pata, ya que en ese entonces no había coches, como hoy, ni nada... Íbamos todos los días caminando cerca de la misma playa, donde estábamos trabajando.

El campo estaba oscuro y faltaba una media hora para que saliera el sol.

Para azocarnos [resguardarse del viento] nos arrimamos al pie de una pared, esperando que llegaran los encargados de la finca con el resto del personal, pues estábamos armando tierra. Y estando, nosotros, azocados, mirando como para el horizonte, frente del castillo..., sí, mirando al mar, sí señor, empezó el ‘movimiento’. Mire, le voy a hacer una ‘comparancia’: como cuando está la tele puesta y se ven esas capitales, aquellas casas de varios pisos, pues igual...

Se veía en el mar, como si se dijera, en la orilla de la playa o podía estar más adentro, pero lo ‘víamos’ muy claro, aquella altura de los edificios y aquel movimiento y aquella cosa... Era igual a las ciudades que hoy se ven en la tele. No había movimiento de coches o gente, o por lo menos nosotros no lo ‘víamos’ porque estaba más bajo. Casas de ocho pisos y de más... Era una ciudad grande, grande... Era de colores que se mudaban, sí, cambiaban los colores... ¡Cosa más rara...! Yo vi ese ‘movimiento’, media hora antes de aclarar el día y aguantó unos veinte minutos. Aquello nos llamó la atención y, entonces, yo dije; esto es como un ‘encantamiento’, cuando, de repente, desapareció”.

Padrón anota que: “Estructuras con ventanas que aparecen y desaparecen súbitamente, envueltas en colores que van cambiando de tonalidades. A la memoria se nos vienen las apariciones de la mítica isla de San Borondón así como algunos espectaculares avistamientos en Canarias emergiendo del mar gigantescos OVNIS, similares a grandes edificios, como ‘rascacielos’”.

El mismo día que vi el ‘encantamiento’ le hice a mi familia la debida relación. Yo, con aquello, me quedé –como se suele decir- ‘encantao’. Sabía, a fondo, que no existía donde estaba, porque era el mar y como después se desapareció y ya no se vio más. Tanto yo como mis dos hijos nos quedamos ‘encantaos’. Lo que vimos creo que otros lo han visto también.